

LOS HOMBRES *de la historia*

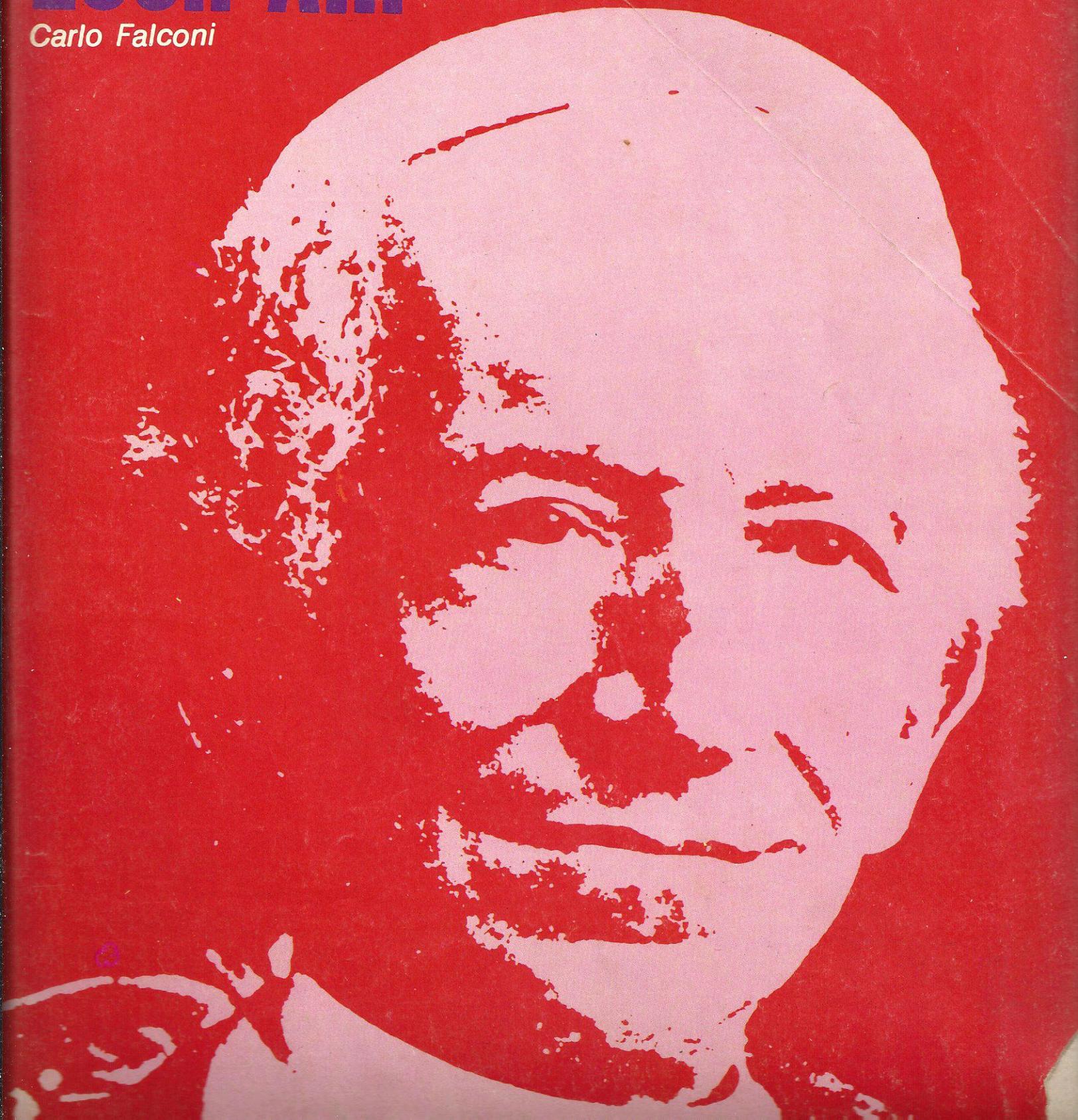
*La Historia Universal
a través de
sus protagonistas*

21

LEON XIII

Carlo Falconi

Centro Editor de
América Latina



En el cónclave reunido en 1878 para elegir nuevo papa, la figura del cardenal Vicente Pecci, nacido el 2 de marzo de 1810 en Italia, reunía las mejores condiciones para resultar electo: en proporciones casi idénticas, su personalidad denotaba pareja seguridad y fuerza de determinación, tanto frente a las circunstancias favorables como a las adversas, siempre bajo el signo del equilibrio. Y en efecto, convertido ya en León XIII, demostró ser uno de los grandes soberanos de la Iglesia.

Desde el primer momento manifestó una excepcional lucidez y seguridad en el campo de la política internacional en el que impuso un estilo flexible y realista propios de la auténtica diplomacia. Guiado por la aspiración fundamental de reinstalar a la Iglesia en el centro de las relaciones internacionales y poner fin de una vez para siempre al largo período de aislamiento, logró hacer de ella una potencia de carácter muy particular destinada a ejercer una función normativa y

moderadora, entre y sobre las restantes potencias. De allí que, si bien no fue ni un doctrinario ni un apóstol directo de la paz, por la paz trabajó incansablemente con toda su acción política, basada en hacer de la Iglesia el árbitro ideal de toda contienda eventual entre los pueblos.

Pero si se dedicó sólo indirectamente a la paz política, su comportamiento en lo referente a la paz social fue mucho más firme. León XIII fue el primer papa que tuvo conciencia de las transformaciones sociales de su siglo y que no se ilusionó sobre la precariedad del fenómeno.

Luego de su famosa encíclica **Rerum Novarum** publicada en 1891, y por más de una década, sería un espectador con participación e interés cada vez mayores en las grandes reivindicaciones sociales, promovidas y coordinadas en los mayores países europeos.

La **Rerum Novarum** constituyó un acontecimiento capital para la historia de la Iglesia y para la historia mundial: decenas de millones de católicos, y sobre todo los más activos y responsables, aprendieron de los propios labios de un papa, no sólo que los problemas de la economía caen en el ámbito de la moral sino también que, de allí

en adelante, las exigencias de la justicia social debían preceder, por su urgencia y gravedad, a las relativas a la asistencia caritativa, y que su esfuerzo de individuos y de creyentes, más que en el plano eclesiástico y político, debía manifestarse en el de la colaboración entre las clases y de manera no pasiva sino dinámica y previsorá.

De la importancia de su pontificado es buena prueba el hecho de que, luego de su muerte el 20 de junio de 1903, y pese a un corto paréntesis a su política, los pontificados siguientes al suyo, prepararán gradualmente, hasta con sus mismas involuciones, el retorno triunfal de las ideas más vitales que habían inspirado al papa Pecci: el encuentro con el mundo, el reconocimiento de los valores de la civilización y del progreso, la mano tendida a las clases más humildes, la reconciliación ofrecida a los hermanos separados.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

Ilustraciones del fascículo N° 21:

La documentación fotográfica de este fascículo ha sido proporcionada por A. Zennaro. Roma

Traducción de Cristina Iglesia

© 1968

Centro Editor de América Latina S. A.
Av. de Mayo 1365 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

21. León XIII - El Siglo XIX:

La Revolución Industrial

Este es el tercer fascículo del tomo

El Siglo XIX: La Revolución Industrial.

La lámina de la tapa pertenece a la sección

El Siglo XIX: La Revolución Industrial, del Atlas

Iconográfico de la Historia Universal.

Este fascículo, para el cual se utilizó papel Celcote Ilustración de Celulosa Argentina S. A. se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en octubre de 1968.

Leon XIII

Carlo Falconi

1810

2 de marzo. Nace Vicente (luego Joaquín) Pecci en Carpineto, cerca de Anagni en el Bajo Lacio. Son sus padres el conde Ludovico y Doña Ana Prospero-Buzzi, descendiente de Cola da Rienzo.

1816-1824

Es alumno de los jesuitas en Viterbo, junto a su hermano (futuro jesuita y cardenal) José.

1824

Inicia sus estudios en Roma, en el Colegio Romano, continuándolos después en la Academia de los Nobles Eclesiásticos y en la Universidad.

1837

31 de diciembre. Es ordenado sacerdote.

1838

Febrero. Gregorio XVI lo nombra Delegado Apostólico en Benevento.

1841

12 de julio. Pecci es trasladado de Benevento a Perusa, siempre con funciones de Delegado Apostólico.

1843-1846

Abril. Es Nuncio en Bruselas.

1846

28 de julio. Hace su entrada solemne en Perusa como obispo.

1853

Pío IX lo nombra cardenal.

1877

Pío IX lo nombra Camarlengo de la Santa Iglesia Romana.

1878

20 de febrero. Electo papa, asume el nombre de León (XIII). 3 de marzo. Es coronado en la Capilla Sixtina.

1887

Nombra Secretario de Estado al cardenal Mariano Rampolla del Tíndaro.

1900

El Jubileo convocado por él suscita una gran repercusión mundial.

1902

Celebra el XXV aniversario de su pontificado con la encíclica *Vigésimo quinto anno*.

1903

Muere el 20 de julio.

Momentos importantes de su pontificado

1879

4 de agosto. Inicia la reforma cultural de la Iglesia, reivindicando, para los estudios filosóficos y teológicos, el tomismo puro (encíclica *Aeterni Patris*).

1881

Enero. Abre a los estudiosos de la historia, católicos o no, los Archivos del Vaticano.

1883

18 de agosto. Epístola sobre los estudios históricos.

1888

12 de octubre. La primera visita del Káiser Guillermo II al Vaticano clausura oficialmente la *Kulturkampf* * en Alemania.

1890

12 de noviembre. El cardenal Lavignerie, huésped de la nave capitana de la flota francesa en Argel, brinda por la prosperidad de la República auspiciando el *ralliement* con la Santa Sede.

1891

15 de mayo. Revela a los católicos la urgencia de la cuestión social (encíclica *Rerum Novarum*).

1893

18 de noviembre. Aprueba y da directivas para el estudio científico de la Biblia (encíclica *Providentissimus Deus*).

1899

Reúne en Roma por dos meses el primer

* Conflicto político y religioso que estalló en los primeros años del Imperio alemán. Enfrentó, por un lado a Bismarck, una parte de los protestantes y los alemanes anticlericales, y por el otro, a los católicos. Uno de los partidarios de Bismarck declaró que luchar contra los católicos era llevar adelante "el combate por la civilización" (*Kulturkampf*). La palabra designó el conflicto.

Concilio plenario de los obispos de América latina.

1885

17 de diciembre. Alemania y España aceptan su mediación a propósito de la cuestión de las Islas Carolinas.

1895

Actúa de mediador en Cuba.

Principales encíclicas

1880

10 de febrero. *Arcanum divinae sapientiae*, sobre el matrimonio.

1881

29 de junio. *Diuturnum illud*, sobre el "principio político".

1885

1º de noviembre. *Immortale Dei*, "sobre la constitución cristiana de los Estados".

1888

20 de junio. *Libertas*, sobre la libertad humana.

1890

20 de noviembre. *Catholicae Ecclesiae*, sobre la abolición de la esclavitud.

1891

15 de mayo. *Rerum Novarum*, "sobre la condición de los obreros".

1894

Orientalium dignitas, sobre las Iglesias cristianas del Cercano Oriente.

1901

18 de enero. *Graves de Communi*, sobre la democracia cristiana.

Concordatos

1881

Concordato con Ecuador.

1887

Concordato con Colombia.

1897

Modus vivendi con Argentina.

Aquel miércoles, 20 de febrero de 1878, en que el arzobispo de Perusa y camarlengo de la Santa Iglesia Romana, Joaquín Pecci, fue electo como sucesor de Pí IX, dentro y fuera de los sagrados palacios se verificó una increíble serie de contratiempos. Primero fue la desconcentración casi instantánea de la Plaza de San Pedro, luego de la brevísima y habitualmente equívoca "fumata" aparecida poco después del mediodía. El día era particularmente hermoso y hasta algunos momentos antes había una muchedumbre de curiosos en la escalinata exterior de la basílica. La "fumata", en realidad, tendría que haber anunciado la elección del nuevo papa, pero sus inciertas características terminaron por convencer a la gente de que se había ilusionado demasiado pronto.

Aproximadamente una hora después —evidentemente en aquellos tiempos no se tenía prisa— cuando el cardenal Simeoni se asomó a la puerta del cónclave para dar orden de abrir la galería exterior de la sala de bendiciones, se advirtió que, si no se habían perdido las llaves, por cierto nadie recordaba dónde estaban guardadas; por consiguiente, se procedió a forzar la cerradura. Algo nada fácil, pero con la ayuda de algunos voluntarios, clérigos y seglares, finalmente el cerrajero lo consiguió. Las sorpresas, sin embargo, no habían terminado ya que se debió hacer frente a un obstáculo totalmente imprevisto: un tabique de madera, recio y complicado, del que a duras penas se alcanzó a quitar algunas tablas laterales. Y de ese corredor aventurado se vio surgir, a las 13.20, la cruz enastada, seguida por el reducido cortejo del cardenal archidiácono, Próspero Caterini, encargado de la proclamación del nuevo pontífice.

En tanto, el maestro de ceremonias pontificio había ido a buscar a los sampedrinos para ordenar que se tocaran las campanas. Pero también ellos se habían ausentado para ir a comer. Por casualidad se terminó por encontrar a uno que merodeaba por la basílica, atareado quién sabe en qué ocupaciones. Éste se apresuró a buscar a sus compañeros, pero su celo no impidió que las campanas se hicieran escuchar recién después de las 14. Este retraso, por otra parte, permitió que el pueblo y los extranjeros presentes en la ciudad afluyeran a la plaza de San Pedro (en total, al parecer, unas 30.000 personas), entre las que había muchos miembros de la aristocracia, del cuerpo diplomático y también figuras políticas de las más diversas orientaciones.

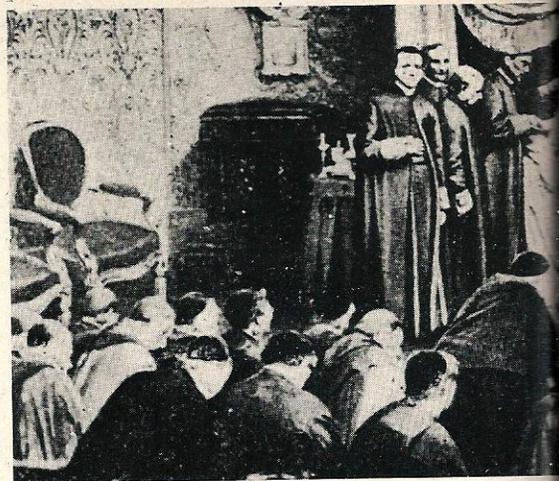
A las 16,15, después de habere concedido una breve siesta, el papa ordenó la apertura del Cónclave y se trasladó a la Sala Real. Aquí los cantores debían entonar el *Ecce Sacerdos magnus*, pero no se veía ni la sombra de aquéllos; el cántico, entonces, fue entonado por tres prelados. Entretanto, en la incertidumbre de si el papa deseaba dar la bendición *Urbi et Orbi* desde afuera

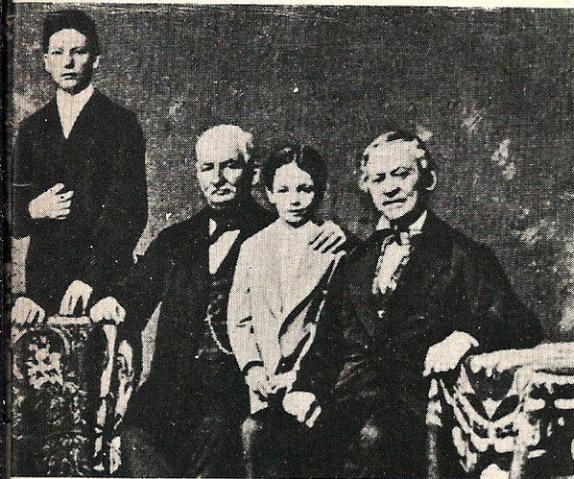
o desde adentro del templo, se habían re-
iniciado —aunque sin más fortuna que antes— los intentos de abrir la puerta de la galería exterior de San Pedro, ya que evidentemente no se podía obligar al cortejo papal y sobre todo al papa a valerse del agujero a través del cual había pasado antes el cardenal Caterini. Al mismo tiempo se buscaba el palio rojo que debía desplegarse en el balcón, pero ni siquiera se había avisado a la Florería Apostólica y fue necesario recurrir a uno ya arrugado.

Finalmente a las 16,45, León XIII, que había llegado a la sala de bendiciones, en parte por la insistencia de los dos cardenales que fueran sus grandes electores y que lo acompañaban orgullosamente con el aspecto de dos hurraños soldados, y en parte por el obstáculo material que oponía la puerta enmohecida, resolvió asomarse al interior de la iglesia y desde allí, con un protocolo más bien personal, bendijo a los fieles reunidos en la plaza, haciendo sentir por primera vez su agria y mal modulada voz nasal. En la plaza San Pedro quedaban solamente los pelotones de las tropas italianas, que mantenían su formación solo por razones de orden público. Casi a último momento, los oficiales que las dirigían habían recibido del propio ministro de Guerra —quien se había entrevistado precipitadamente con el rey y con Crispi en el Quirinal— la consigna de presentar armas al pontífice en el caso de que se asomara a la plaza, y estaban impacientes por ser protagonistas de un acontecimiento histórico. En cambio, se encontraban confundidos e inútiles en el desolador vacío de la plaza, hasta donde llegaban los apagados ecos de aplauso que se brindaba al "prisionero del Vaticano".

Un cónclave sin sorpresas

Esta serie de contratiempos podría inducir a pensar que nadie, incluso en el ámbito del Vaticano, había previsto una finalización tan rápida del Cónclave, iniciado apenas cuarenta y ocho horas antes. Pero ésta no es la realidad. Por el contrario, en la Corte y en la Curia pontificia se conocían los esfuerzos emprendidos por los miembros del Sagrado Colegio, sobre todo en vista de las circunstancias políticas, para efectuar una elección rápida y hasta fulminante. La razón era muy simple. El caos que habitualmente ocasionaba en el Vaticano la muerte de un papa, y que hasta la apertura del Cónclave contrastaba de modo notable con la energía del camarlengo, había vuelto a dominar la vida de los Palacios Apostólicos en coincidencia con el enclaustramiento de los cardenales. La organización del mundo vaticano de aquella época, además, poco o nada tenía que ver con la actual: ya bastante improvisada y extemporánea en los tiempos del poder temporal, a su caída lo fue aún más y en particular con un estilo más doméstico y sencillo. Sin hablar de que la poca disci-





1. El cardenal Joaquín Pecci en el lecho de muerte de Pío IX.

2. Monseñor Pecci con su familia en 1868.

3. 4. Los padres del futuro papa León XIII.

5. Joaquín Pecci en 1837.

plina que todavía estaba en vigor dos años atrás, en vida del cardenal Antonelli, el temidísimo secretario de Estado del papa Mastai —temidísimo también por su soberano—, se había ido disolviendo después de su desaparición. Con las debidas proporciones, en suma, el Vaticano de entonces se parecía mucho más al Fanar del patriarca de Constantinopla o al actual Palacio Lambeth del arzobispo de Canterbury, que a la ordenadísima y funcional ciudad-Estado de nuestros días.

En aquel crítico febrero de 1878, no solo nadie ponía en duda —en el Vaticano— el rápido desarrollo del Cónclave, sino que incluso todos conocían el nombre de quien sería designado para ceñir la tiara. Es cierto que, según un viejo proverbio, quien entra papa al Cónclave, sale cardenal, y que entre todos los miembros del Sagrado Cónclave, la tradición pone reparos bastante firmes tanto contra el secretario de Estado como contra el camarlengo de la Santa Iglesia Romana, pero esta vez era convicción común que el segundo de los vetos citados se levantaría excepcionalmente. Por otra parte, el cardenal Pecci era considerado el seguro sucesor de Mastai también por el mundo laico, donde al parecer, el origen de los pronósticos favorables al arzobispo de Perusa se debía a un informe confidencial sobre las condiciones del Sagrado Colegio y sobre los miembros más aptos al Papado, elaborado en 1874 por el abad benedictino don Simplicio Pappalettere para el ministro Visconti-Venosta. El hecho es que ya en aquel año, y luego en el siguiente, el conocido historiador del Estado de la Iglesia, Rafael de Cesare, había publicado varias veces el nombre de Pecci. Y en 1877 Rogelio Bonghi, político pero también uno de los publicistas más fecundos, geniales e influyentes de la segunda mitad del siglo XIX —tanto en Italia como fuera de ella— había escrito un libro titulado precisamente *El Cónclave y el futuro papa*, en el que, por vía de exclusión, llegaba a identificar a Pecci como el único cardenal italiano, posible sucesor de Pío IX. Ciertamente es que el proceso eliminatorio realizado por Bonghi era, dadas las circunstancias, más bien fácil, pero lo importante es que concluía en forma apodíctica y terminante.

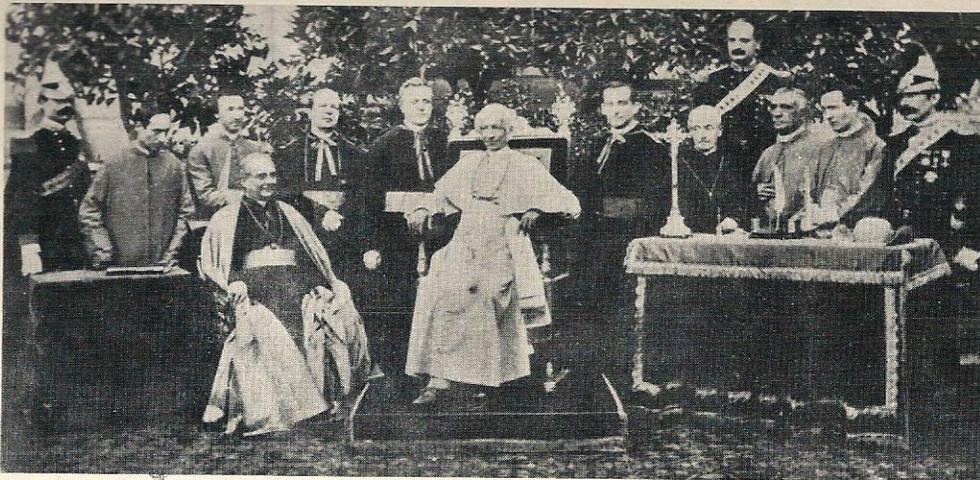
La papalidad del descendiente de los Conti de Carpineto (cerca de Anagni, en el Bajo Lacio) no derivaba, en efecto, tanto de la edad demasiado avanzada o demasiado escasa de los pocos cardenales capaces de competir con él en la elección, o de su curriculum sin duda prestigioso, sino más bien de su talla excepcional. En el Sagrado Colegio no faltaban las carreras prestigiosas, en las modalidades más diversas y hasta opuestas. En cambio, pocas reunían, como la suya, y en proporciones casi idénticas, lo previsto y lo calculado a lo inesperado y casual, demostrando pareja seguridad y fuerza de determinación tanto fren-

te a las circunstancias favorables como a las adversas, desplegándose toda ella bajo el signo del equilibrio, de la madurez y de la sabiduría.

Primeras etapas de una carrera segura

El exalumno de los jesuitas, primero en Viterbo y después en Roma, nunca había defraudado a sus maestros. Consciente de su propio impulso, había pasado del Colegio Romano a la Academia de los Nobles eclesiásticos y pocos después a la Sapienza, la universidad —si así se puede decir— estatal de la Roma pontificia. Pero ni siquiera la viva pasión que sentía hacia los estudios alcanzó a desviarle de su programa. Aún no era sacerdote —recién lo será el 31 de diciembre de 1837, a los 27 años— y su nombre ya figuraba, no en academias de poca monta (que abundaban en la Roma papal), sino en el elenco de los prelados domésticos de la corte papal, entre los mismos refrendarios de signatura (la Casación pontificia) y entre los componentes de la Congregación del Buen Gobierno. De este modo, a sólo dos meses de la ordenación sacerdotal, a nadie podía asombrar que se lo nombrase Delegado apostólico de la legación de Benevento; es decir, gobernador civil de aquella provincia.

Basta pensar en la situación de Benevento en aquella época, para darse cuenta del valor de tal encargo, particularmente viniendo éste de un hombre frío y ponderado como el cardenal Lambruschini, a la sazón secretario de Estado. Benevento y su contorno representaba en esos años, dentro de los Estados de la Iglesia, uno de los territorios más inquietos y explosivos, dado que las intenciones de que era objeto por parte del rey de Nápoles, favorecían por un lado la conspiración insidiosa de algunos de los elementos locales más representativos, los que aprovechaban la rivalidad entre Roma y Nápoles para afirmar su propia autonomía; y por otro lado, el afianzamiento del bandolerismo: un bandolerismo tan bien organizado y audaz que a menudo no se distinguía gran cosa del de los feudatarios. Si además se agregan las ramificaciones clandestinas del carbonarismo y de la "Joven Italia", el cuadro está completo. El joven delegado pronto reveló sus intenciones de imparcialidad y su fuerza de decisión, sin ocultar a nadie que abreviaría lo más posible su permanencia en esa zona minada, pero también que no se iría antes de cosechar algunos sustanciales éxitos, útiles para su carrera. Habiendo advertido, después de algunas experiencias, que en Roma le estarían agradecidos si evitaba agitar las aguas de la política, se concentró particularmente en la reorganización policíaco-militar y administrativa de la Delegación. Reformó así las leyes aduaneras, abrió nuevas y más seguras vías de comunicación, y sobre todo afrontó decidida y duramente el bandolerismo, tanto el de los verdaderos bandidos como el de algunos nobles aven-



1. León XIII con los prelados de la Antecámara Secreta en 1878.

2. León XIII.

3. El cardenal Franchi, su primer Secretario de Estado.



tureros. Y con qué estilo, se puede ver en el episodio siguiente. El más poderoso y presuntuoso de dichos nobles era un tal marqués Andreotti, que llegaba a desafiar la autoridad pública negándose a pagar los impuestos y hasta pretendía la inmunidad para sus propios esbirros. Llamado por el delegado, estaba dispuesto a darle una lección a ese prelado imberbe, tan delicado y frágil y además, ligeramente balbuciente. Jactándose de sus relaciones, amenazó con hacerlo volver al lugar de donde había venido. Por cierto, no esperaba la respuesta que inmediatamente tuvo: podía ir a Roma, pero debía recordar que para llegar al Vaticano era preciso pasar antes por Castel Sant'Angelo (la cárcel): entretanto, para poder reflexionar mejor, veinticuatro horas de reclusión no estarían de más.

Gregorio XVI —sobre quien el joven Peccia tenía gran ascendiente—, sabiéndolo decidido a cambiar de sede y deseando contenerlo, le propuso en un momento su traslado a Ascoli, y luego la Secretaría de la Congregación de Estudios. Pero la Delegación marquesana no le parece al interesado una promoción adecuada; y en cuanto a la otra misión curial, aún no estaba dispuesto a recluirse en Roma, desgastándose en la guerra de carrera de la administración vaticana. En cambio, cuando se le ofreció la Delegación de Perugia, aceptó al instante. Y su éxito en la capital umbra fue tan evidente que apenas dos años después, en la primavera de 1843, Gregorio XVI y el cardenal Lambruschini, de común acuerdo, no vacilaron en premiarlo con una nunciatura de segunda clase: la de Bruselas.

Sin embargo, difícilmente se hubiera mostrado otra promoción tan involuntariamente insidiosa. En el joven Estado belga, episcopado y gobierno se enfrentaban sin tregua, y el Rey se esforzaba por contentar o al menos descontentar lo menos posible a los dos, contemporizando con ambos. El nuncio, que había recibido órdenes precisas de sostener en cada ocasión al episcopado, no encontró nada mejor, para resolver la situación en su favor, que apoyarse en la Corte. Y hay que decir que su éxito personal fue, en verdad, incontestable. Apenas treintaero, ya ejercitaba un magnetismo infalible en las relaciones sociales. Entre otros, conquistó una admiradora incondicional en la misma reina Victoria de Inglaterra, durante algún tiempo huésped de la casa real (aún hoy se pueden leer en la casa natal de León XIII, en Carpineto algunas cartas suyas al entonces pontífice, que terminan significativamente con la expresión "fiel amigo"). El propio rey Leopoldo manifestaría, con bastante frecuencia, además de otros —entre ellos, el anticlerical ministro Rattazzi—, la excepcional estima que siempre sintió hacia el nuncio Pecci.

No obstante, por desgracia, el éxito político fue mucho más precario. De hecho,

difícilmente el Rey hubiera podido seguirlo cada vez que se enfrentaba al gobierno en defensa del episcopado, al que la protección del representante pontificio hacía aún más presuntuoso e incontrovertible. En efecto, en noviembre de 1844 —o sea aproximadamente a un año y medio del comienzo de su misión— llega a Roma, proveniente de Bruselas, un informe confidencial conteniendo apreciaciones negativas sobre la acción del nuncio: tanto el Rey como el gobierno solicitaban explícitamente que se lo sustituyera con Morichini: Pecci —se agregaba, elogiando ampliamente sus dotes personales— podría ocupar honorablemente la sede de Turín, justamente vacante. No era el primer intento de destitución que sufría Pecci. Pocos meses después de su instalación en Bruselas, el embajador austriaco, conde Dietrichstein, había enviado un informe reprobatorio sobre su comportamiento al príncipe de Metternich y éste lo había transmitido a la Secretaría de Estado, valiéndose de la colaboración complaciente —y también servil— del nuncio de Viena, monseñor Viale-Prélat. Pero ahora la gestión oficial del gobierno belga, avalada por el Rey, era desde luego más grave, y Lambruschini no se podía desentender de ella sin arriesgar las relaciones de la Santa Sede con un país amigo.

No obstante, y según los hábitos de la Santa Sede, se tomó tiempo. Para apurar la decisión, el gobierno belga volvió a servirse del embajador austriaco, cuyas nuevas repriminaciones llegaron al Vaticano siguiendo el mismo recorrido de dos años atrás. Pecci, que no ignoraba la hostilidad de los políticos de Bruselas, no estaba sin embargo al corriente de la intromisión austriaca y de la gravedad de sus consecuencias. En efecto, en la Europa de la restauración, que seguía teniendo en Metternich a su numen y su déspota, no había posibilidades de carrera para un nuncio al que aquél hubiese comenzado a perseguir. Por ello la decisión de Roma de asignarlo a una diócesis en vez de transferirlo a otra sede de nunciatura de mayor brillo, le resultó totalmente inesperada. Es cierto que la diócesis que se le asignara era la de Perusa, de donde había sido pedido por sus antiguos administrados que recordaban su rápida misión en el cargo de delegado, y que la sede era económicamente próspera y también cómoda para su salud; pero seguía tratándose de la decadencia de su carrera diplomática, a la que tanto valoraba. De todos modos, la carta de Lambruschini que le anunciaba la providencia, y que le llegó pocos días después de su envío, el 24 de octubre de 1845, contenía en su parte resolutive, una garantía más que tranquilizadora para el orgulloso prelado: la “destinación enunciada” no le perjudicaría “de ningún modo” “respecto a las honrosas consecuencias de la carrera de los prelados trasladados de una nunciatura de II clase a otra de I clase”, es decir que no tardaría el otor-

gamiento del cardenalato. Lo que, finalmente, sirvió para disiparle toda amargura. Pecci no se molestó en responder a una carta tan persuasiva y al mismo tiempo tan insidiosamente diplomática, superando a su destinatario en el énfasis con que se declaraba no sólo entusiasta sino hasta “conmovido e impresionado” por la generosidad del ofrecimiento soberano. Pero naturalmente, se cuidó bien de omitir la garantía final que se le daba. Incluso la transcribió casi con los mismos términos de su superior, como para subrayar que se trataba de algo que de ningún modo podía admitir que se pusiera en discusión. Y esto, de parte de un prelado de apenas 30 años, era en verdad una osadía. Naturalmente, tendría que pasar un determinado período de tiempo antes del otorgamiento del birrete: un período prácticamente equivalente a la duración de una nunciatura de I grado, es decir, aproximadamente de siete a diez años. Puesto que Pecci recibió la púrpura en 1853 —o sea siete años después de su toma de posesión de la sede de Perusa—, no se puede en verdad decir (a pesar de que se lo lea frecuentemente) que de parte de Pío IX haya habido un atraso en cumplir la promesa hecha por su predecesor. En cuanto a la hostilidad indudable, que su secretario de Estado, el cardenal Antonelli, sentía hacia Pecci, más que en el atraso de la púrpura se manifestó en el hecho de tener a su adversario en el corazón de la Umbría, lejos de Roma e impotente para hacer sentir su influencia.

Pero la respuesta del nuncio ahora destituido contenía algo más; solicitaba que su regreso a Roma fuese postergado hasta la primavera siguiente, para no tener que afrontar el viaje —decía— en una estación que haría peligrar seriamente su maltrecha salud. En realidad, más que la propia salud, a Pecci le preocupaba terminar elegantemente su misión, lo que creía posible si contaba con el tiempo necesario para componer la ardiente controversia surgida en ese momento entre los jesuitas del colegio de Namur y la Universidad católica de Lovaina, que rápidamente se había convertido, en un país tan chico, en una disputa nacional. Pecci logró moderar hábilmente la situación, sugiriendo el remedio oportuno a Roma, es decir que el papa impusiese silencio a los dos contendores, estableciendo luego en un segundo tiempo y autoritariamente, los límites de influencia de ambas instituciones. Lo cual, efectivamente, se hizo, aunque en ausencia suya y a través de Pío IX, por la repentina muerte de Gregorio XVI. Por lo tanto, una victoria incompleta o más aún, estéril en lo que le concernía, pero que lo consoló al menos como una rehabilitación póstuma.

Obispo en Umbría

Naturalmente, no se acostumbró en seguida al episcopado, pero más hubiese tardado si hubiera podido prever cuánto se prolonga-

ría aquel exilio bajo el durable pontificado del Papa Mastai y el igualmente prolongado secretariado de Estado de Antonelli: ¡32 años! No obstante, fue ese aislamiento el que favorecería, más que una presencia activa en Roma, su acceso al supremo pontificado. Si las dos misiones, bien se puede decir laicas, cubiertas en los Estados Pontificios, y la de nuncio en Bélgica, habían puesto de relieve sus indudables dotes de hombre de gobierno civil y de diplomático, los seis lustros de episcopado serán una prueba todavía mejor de sus cualidades de hombre de gobierno religioso, sobre las cuales muchos se hubieran mostrado más o menos escépticos. Y tanto más cuanto que su actividad en Perusa no se limitó a una atenta presencia en toda la diócesis —visitada seis veces por completo—, a la reorganización de la Curia y de las estructuras parroquiales, a la reforma del seminario y de la Universidad pontificia local, al establecimiento de una activa academia tomista, sino que además asumió de algún modo la capacidad de simbolizar lo que sería el gobierno pontificio de toda la Iglesia, si se le confiase a sus manos.

El episcopado de Perusa, sobre todo en los últimos tiempos de la dirección de Pecci, se mostró para muchos como un pequeño Vaticano, donde se seleccionaban los hombres más eminentes en la doctrina o en el apostolado, que constituían así en torno al obispo, un verdadero senado de personalidades altamente calificadas, imposibles de encontrar en tal número en las demás diócesis. No es casual que, electo Papa, a Pecci no se le ocurriera otra cosa que transferir a Roma todo el equipo de los hombres que habían colaborado con él en los distintos sectores de su diócesis de Perusa: Laurenzi, Boccali, Foschi, Rotelli, Sepiacchi, Sattoli, Brumeli, Boschi, Ballerini, Schiaffino, Volpini, etc., que tarde o temprano ascenderían al cardenalato o a los más altos cargos de la prelatura romana, no fueron tanto un regalo de Perusa a la Curia, sino más bien el regalo de Pecci, que los había individualizado y cultivado.

Por otra parte, en la capital umbriana no tardaron en realizarse bajo su dirección diversas experiencias sociales y educativas que constituían una primicia frente a todas las demás diócesis de Italia: los Jardines de San Filippo Neri, emplazados según el modelo de los círculos católicos obreros en Francia o las escuelas nocturnas para los hijos de los obreros. De Perusa, sobre todo, partieron aquellas epístolas pastorales que, especialmente en los últimos años de gobierno del futuro Papa, anticiparon y esbozaron varios temas fundamentales y el contenido de sus más famosas encíclicas posteriores.

Sólo en un aspecto fue estático en aquellos años: el político. Pero no simplemente porque su misión de obispo lo eximía de iniciativas o pronunciamientos personales en la materia, especialmente antes de la ocu-

pación de Umbría por parte de Italia (cuando la política era ejercida por delegados apostólicos, casi todos buenos antonellianos y decididamente hostiles a él), sino sobre todo porque la política era un feudo en el que Antonelli no admitía intromisiones de ningún tipo. Esa era la razón por la cual, incluso en los cruciales años 1859-1862 y aún no aprobando todo lo que estaba ocurriendo, Pecci se comportó más como pasivo espectador de los acontecimientos que como un opositor. En 1860, por ejemplo, el general De Sonnaz, jefe de las tropas italianas que habían ocupado los puntos estratégicos de la ciudad, trató vanamente de obtener la rendición de las tropas pontificias atrincheradas en la ciudadela, a través de la mediación del arzobispo. Pecci se limitó a contestar que sinceramente no deseaba que se virtiera sangre cristiana, pero que tampoco le correspondía intervenir.

Aparte de su convicción legitimista, no hay que olvidar el rol que le imponían sus funciones y especialmente su condición. "Soy un príncipe de la Iglesia —recordó a un sacerdote liberal cuando éste, en junio de 1859, lo invitó a detener la marcha de los suizos, que desde Foligno avanzaban hacia Perusa—. ¿Y usted quiere que yo sea un obstáculo para que el Santo Padre recupere su legítimo señorío?". Durante los estragos que siguieron, permaneció encerrado en su palacio, dolorido por cierto, pero inactivo. De todos modos, en los quince años posteriores su comportamiento no dio lugar a ninguna rigidez de la autoridad civil a su respecto. Y hasta tal punto que, por ejemplo, Bonghi no llegó a plantear el problema de sus relaciones con el nuevo Estado italiano, mientras que insistía ampliamente en hacer resaltar su simpatía por el progreso y por la cultura profana, que atestiguaban sus últimas pastorales.

El primer cónclave en la Roma italiana

En suma, la personalidad de Pecci se imponía a cualquiera que hiciese previsiones sobre el resultado de la elección papal de 1878. Y efectivamente, la suerte del cónclave fue más problemática en el exterior que en el ámbito interno, salvo en lo que se refería a la posibilidad misma de la convocatoria y la celebración. Porque no hay que olvidar que se trataba del primer cónclave después de la Brecha de Porta Pia, es decir, después que la Santa Sede había sido *sub hostili dominatione constituta*, como decía Pío IX, o sea, reducida a cautiverio. Desgraciadamente las amenazas de cierta prensa acerbamente anticlerical, así como la oratoria de algunos tribunos políticos, no ahorran temores en lo referente a esa asamblea decisiva para la suerte de la Iglesia. El gobierno italiano, por supuesto se cuidaba bien de suscribir o de hacer suyas aquellas amenazas u otras parecidas; pero tampoco se había preocupado por hacer conocer los esperados desmentidos. De

tal modo que se había vuelto inevitable, en los ambientes católicos y particularmente vaticanos, una atmósfera de ansiedad agudizada por el progresivo acercamiento de la muerte de Pío IX.

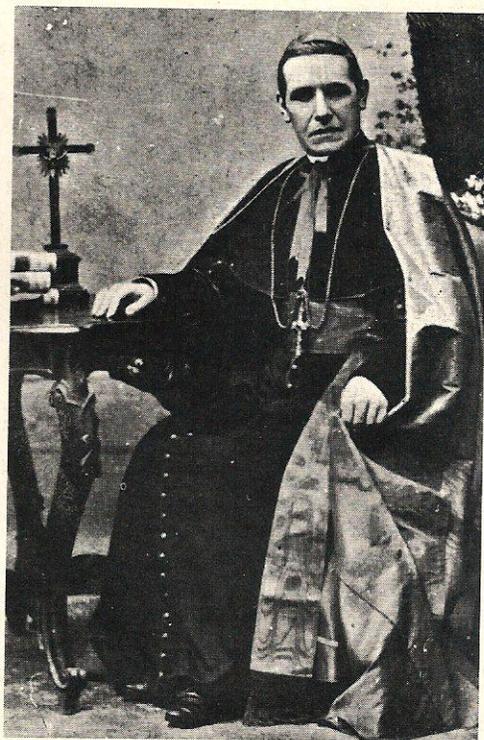
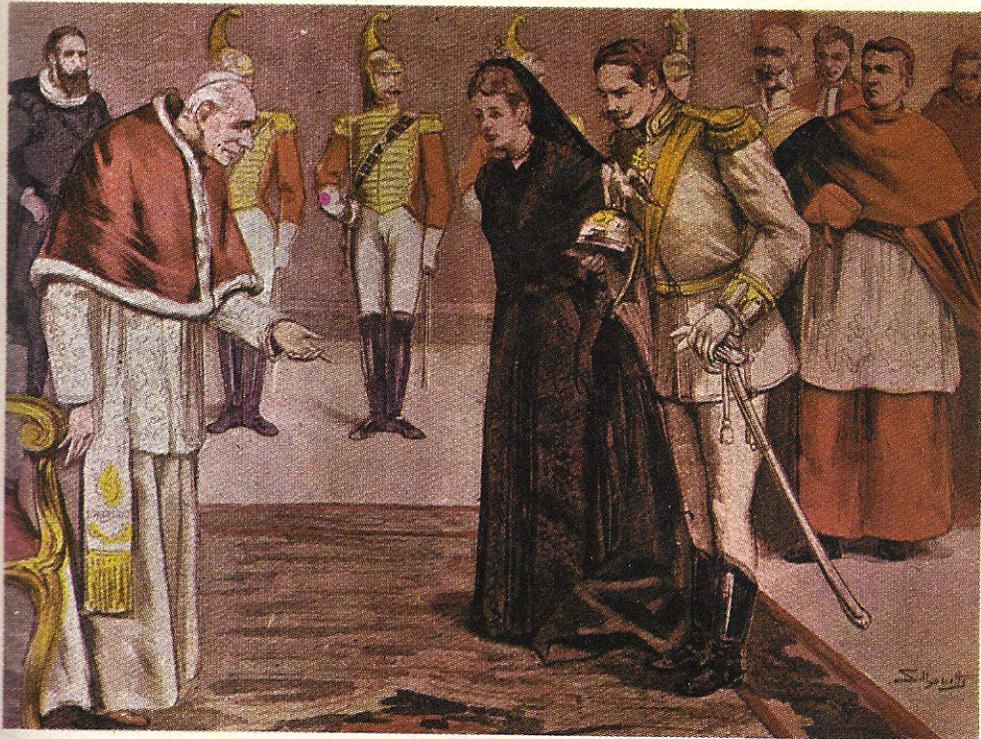
El futuro cardenal secretario de Estado de Benedicto XV, Domingo Ferrata, que en abril de 1877 había entrado en la Sagrada Congregación como secretario para los asuntos eclesiásticos extraordinarios, escribió en el primer volumen de sus *Memorias* que entre los problemas más discutidos de aquel año, había señalado precisamente la cuestión del próximo cónclave. "Era oportuno —se lee— estudiar seriamente la cuestión, prever las diversas hipótesis y tomar oportunamente las disposiciones que evitaran dejarse sorprender por los acontecimientos". Sólo que no se podía hacerlo de modo terminante sin la debida autorización del viejo pontífice y todos temían herir su susceptibilidad al proponerle semejante problema. Puesto que uno después de otro, todos los cardenales habían escapado al problema, le correspondió al secretario de la Congregación, el polaco monseñor Czaki, muy estimado por Pío IX, ocuparse del asunto. Y no sólo cumplió honrosamente su misión, sino que cosechó una mayor consideración y estima de su soberano, quien aceptó formar una comisión cardenalicia compuesta de siete miembros: Bilio, Panebianco, Monaco La Valletta, Franchi, Mertel, Nina, Simeone, a los que luego se agregaron Di Pietro y Pecci. Tal comisión se reunió muchas veces, discutiéndose minuciosamente todos los casos, todas las hipótesis, todas las vicisitudes que podían presentarse a propósito del futuro cónclave. Y naturalmente se tomaron las disposiciones consiguientes, modificando con esta finalidad algunas bulas y preparando otras nuevas, más apropiadas a las circunstancias.

Pero toda la casuística examinada se mostró irremediablemente abstracta una vez que se debió enfrentar concretamente el tránsito de Pío IX. Un mes antes había muerto Víctor Manuel II, "el usurpador", y la prensa católica italiana en general no había dejado de ver en su fin el dedo justiciero de Dios, a pesar de que la muerte alcanzó al Rey a la edad de 58 años y que fue la más natural de las muertes. La *Unità Cattolica* incluso llegó a cerrar su editorial con este grito provocativo: "¡Víctor Manuel II ha muerto! ¡Viva el Papa!". Afortunadamente la conducta de las autoridades vaticanas era bien distinta: al excomulgado Rey se le habían concedido los sacramentos e igualmente, aunque después de largas y delicadas tratativas, los funerales religiosos, así como también su sepultura en un templo católico. Y todo esto no dejó de tener consecuencias en el momento del tránsito de Pío IX, a pesar de haber sobrevenido casi instantáneamente (solo 48 horas antes, el 5 de febrero a la mañana, había recibido en audiencia al consejo directivo y a algunos miembros de la sociedad para los inte-

reses católicos). "La ciudad está en calma —comunicaba a Bruselas el 8 de febrero el barón Anethan, embajador de Bélgica en la Santa Sede, en un informe—, la impresión general es de gran tristeza. Todos los negocios están cerrados, los teatros han suspendido las representaciones por orden de la autoridad." Pero una calma y un respeto tan comprensivos, ¿se seguirían manteniendo también respecto al cónclave?

El mismo día en que el barón belga enviaba el citado despacho a su ministerio, en el Vaticano se reunía una importante asamblea de los 38 cardenales presentes en Roma en aquel momento: el tema central era la elección de la localidad donde se convocaría el cónclave (Roma o España, o Malta, o incluso Austria y Baviera). Al iniciarse la sesión, tres cardenales de Curia presentaron cada uno sendos pliegos sellados que el difunto pontífice les había confiado. Al abrirlos, se comprobó que todos contenían idénticas copias del reglamento del cónclave y tres constituciones, redactadas respectivamente en 1871, en 1874 y en 1877. Luego de la lectura pública de todos aquellos documentos, comenzó la discusión sobre el orden del día. Pronto resultó claro que la asamblea estaba netamente dividida. Entre los sostenedores del cónclave fuera de Roma, el más vivaz fue el cardenal Panebianco; en cambio Di Pietro, vicedeán del Sagrado Colegio, luchaba por la tesis opuesta. Este último dio lectura a una carta confidencial que le enviara la noche anterior el ministro Mancini, carta en la que se confirmaba la actitud condescendiente que prometía tener el gobierno italiano en lo referente a la elección del nuevo Papa. El documento provenía del ministro de Justicia y Cultos, y ofrecía fundadas garantías; pero evidentemente muchos cardenales italianos no habían olvidado que precisamente Mancini, en oportunidad de discutirse la leyes de Garantías de 1871, en el Parlamento italiano, se había manifestado vivamente por la no inviolabilidad de los cardenales de *sede vacante* y por la ocupación del cónclave. El hecho es que cuando se hizo el escrutinio de los votos, 22 cardenales resultaron partidarios de la celebración del cónclave fuera de Italia y sólo 8 en Roma, mientras los otros se remitían a la mayoría y uno se abstenía.

Parecía una decisión ineludible, pero Di Pietro no perdió el ánimo. Pidió la palabra y rogó a sus colegas, dada la gravedad de la decisión en cuestión, que no considerarían definitivo el voto recién expresado y postergaran para el día siguiente el decisivo. Y fue una suerte, porque esa misma noche un telegrama enviado desde Viena por el nuncio, monseñor Ludovico Jacobini, anunciaba que, en tanto el emperador había garantizado al arzobispo de la capital austríaca que se empeñaría personalmente en la causa de la libertad y seguridad del cónclave, el canciller del Imperio, conde Andrassy, se había acercado a él esa misma



*Monseigneur Nungesser trouvea un tel accueil
 dans les points des docteurs serbistes de nomme au
 lieu de Principe Gaus la respect de attitude. - Duante el
 Principe lui boni satisfaction e si mochi autorisati bal
 suo governo a fare proposte finale. Monseigneur Nungesser nel
 ballare se attira strettamente a quanto e contenuto nello
 stesso foglio. Stabilito l'accordo se ripara alla Santa Sede
 per la definitiva accettazione.*

*L'Apollonica benedizione fu confidat a con-
 durre a buon termine l'opera.*

1871



Bismarck: Was noch nicht ist, kann noch werden,
 lieber Leo. Wir leben in einer Zeit
 der Ueberraschungen!

706/616/127 783 355/606 222/609/131/215/403
 Udienza del Principe Bismarck
 117/119/66 285 133 213 65 46
 durata in ora e miliga Principe
 217 22/10/101 229/10/102/101/102 712 738/6/16
 molto stanco publicato avvenimento
 299/221 81 161/119/109/109 711/21 232/118/
 intanto el ritorno Torre prossima
 3101 7461 418/246/46 814 70/604 746/10/24
 cabalese Imperatore, pero molto
 111 111 231 225 203 819 44 207 618/6/20
 vivo interesse pel S. P. e fel. 20/10/10
 298/6/16/1 817/10/10 125 206 850 222/10/10
 sembra Confida che el S. P. profeta
 217/ 120 418/10/10 111 817/10/10/10 817/10/10/10
 dimostrasi sentimento felice
 111/126/127 611/10/10/10 213 118/10/10
 benedizione Gaudito molto felice
 243 574 211/261/118 244/3
 di S. R. segura rapporto
 211 246/10/10/10 216 218
 dettagliato. Quando l'Imperatore
 117 117/112 216 343/122/10/10/10 216 206 208/10/10
 biglietti benedetto el drubio
 21 244/10/10/10 216 118/10/10 126/10/10
 di vicinio sino seconda volta
 244 611/10/10 216 118/10/10/10
 defuso felice out 216



1. León XIII recibe a Guillermo II. Cubierta de la "Tribuna Illustrata", 1893.
2. Carta autógrafa de León XIII al cardenal Galimberti.
3. Borrador de un telegrama cifrado enviado por monseñor Galimberti al cardenal Rampolla.
4. El cardenal Galimberti.
5. El cardenal Rampolla, Secretario de Estado.
6. Caricatura de un diario alemán de la época: Bismarck, vestido de papa, a León XIII, vestido de canciller: "Lo que todavía no es, puede ocurrir, querido León. Vivimos en una época de grandes sorpresas".

1. Eduardo VII visita a León XIII.
2. El barón de Schlözer, embajador de Prusia en la Santa Sede.
3. El conde Lefebvre de Behaine, embajador de Francia en la Santa Sede.
4. Guillermo II en el Quirinal; junto a él, la reina Margarita.



2



3



4

tarde para comunicarle que el gobierno italiano había declarado su intención de garantizar el orden público, y que no sólo no se inmiscuiría en el cónclave, sino que además aseguraría la libertad moral de los cardenales, dispuesto, si fuera necesario y se lo requiriera, a conceder al camarlengo las fuerzas militares necesarias. Motivo por el cual el gobierno austriaco aconsejaba a los cardenales que realizaran el cónclave en Roma.

En la apertura de la asamblea del día 9, Di Pietro llevó a conocimiento de sus colegas el despacho de Jacobini y agregó lo que el jefe de gobierno, Crispi, le había comunicado a través del amigo, monseñor Nicolás di Marzo, es decir que, en el caso de que los cardenales optaran por transferir la sede del cónclave fuera de Roma, él garantizaría su protección hasta la frontera, después de lo cual, no obstante, procedería a la ocupación del Vaticano. El efecto de estas revelaciones fué suficiente para trastornar la situación. En efecto, sólo seis cardenales —Bilio, Guidi, Oreglia, Borromeo, Ledochowski y Simeoni— siguieron con la idea de transferir al cónclave fuera de Italia. En cuanto a la propuesta del cardenal vicario, Mónaco La Valletta, de proceder de inmediato a la elección del Papa *etiam praesente cadavere*, con el fin de aventar cualquier peligro de violencia y sobre todo de poner frente al hecho consumado a quienes eventualmente atentaran contra la pacífica elección pontificia, ella no fue siquiera digna de atención. Superado así el escollo nada insignificante de la elección de la sede, el cónclave no abrigó temores del exterior. Asimismo, en lo que se refiere al gobierno italiano, éste llegó a postergar la apertura del Parlamento a fin de que las reuniones cardenalicias no se vieran distraídas de ningún modo. Las demás potencias católicas se limitaron a comunicar las siguientes sugerencias: que el cónclave se desarrollase en Roma, que el electo fuera un cardenal italiano no perteneciente a órdenes religiosos militantes y por último, que se eligiese a un Papa “moderado”. Tales *desiderata* no excluían la posibilidad de vetos específicos; incluso parece que el cardenal de Bonechose —por parte de Francia—J, el cardenal Simor —por parte de Austria-Hungría— y el cardenal Moreno —por parte de España—, eran portadores de un veto convergente contra el cardenal barnabita Bilio, no tanto porque fuera pupilo y más aún, delfín de Pío IX, sino por ser autor del famoso *Sillabo*, pero en realidad no tuvieron ocasión de ponerlo en práctica.

Actualmente se sabe, además, que los mismos impedimentos genéricos que anteponian los gobiernos católicos eran prácticamente compartidos en los últimos tiempos, aunque por supuesto sólo en privado, por el mismo Pío IX. Según un testimonio del cardenal Ferrata, ésta es la respuesta que dio pocos meses antes de su muerte a mon-

señor Czacki, quien le había preguntado si deseaba que el futuro Papa se inspirase en su política: “Mi sucesor debe inspirarse en mi adhesión a la Iglesia y en mi deseo de hacer el bien; en cuanto a lo demás, todo ha cambiado a mi alrededor; mi sistema y mi política ya han hecho su tiempo y yo soy demasiado viejo para cambiar de orientación: ésta, será obra de mi sucesor”. Por eso, más que “piononistas”, se podría llamar antonelianos a los pocos cardenales italianos y extranjeros que querían continuar la política de intransigencia, cuando no de intolerancia del pontificado de Mastai.

La votación

En el ámbito del Sagrado Colegio, nadie ponía en duda que la línea de conducta de Pío IX había sido favorable, al menos dentro de ciertos límites, al reforzamiento de la cohesión interna de la Iglesia, y que además había evitado aquel ireneísmo y aquel laxismo que, de haber sido autorizado desde el comienzo, hubieran terminado por hacer imperceptibles e irreconocibles las exigencias fundamentales del catolicismo. Sin embargo, en las relaciones con el mundo exterior, con el de las otras confesiones cristianas y sobre todo con el mundo civil, la distinción pronto se había convertido en separación y la separación en oposición ciega y aversión profunda. Es decir, que la fractura había alcanzado un punto extremo y era preciso y urgente reanudar vínculos para no perder las últimas posibilidades de restablecer los contactos. Que éstos fueran no solo los sentimientos sino también las convicciones de la mayoría de los miembros del Sagrado Colegio, lo demostraron las votaciones que, en un lapso de poco más de veinticuatro horas, de la mañana del 19 a la del 20, y a pesar de la nulidad del primer escrutinio, dieron a la Iglesia el Papa más progresista que hubiera podido representarla en ese momento de su historia. La anulación de la primera votación se debió a una inadvertencia banal: después de conocidos los resultados, los escrutadores advirtieron que un cardenal extranjero había sellado su papeleta con su propio sello en vez de usar otro cualquiera. Sobre 60 votantes (faltaban Cullen —arzobispo de Dublin—, Brossais Saint —arzobispo de Rennes—, Moraes Cardoso —patriarca de Lisboa— y MacCloskey —de Nueva York—, enfermos los dos primeros, en viaje los últimos), 19 eligieron a Pecci, 6 a Bilio, 5 a De Luca, 4 a Simeoni, Mónaco La Vallett, Panebianco y Franchi, y así sucesivamente. Naturalmente, se hubiera podido obviar la nulidad del escrutinio, pasando en seguida a una votación de “acceso”; pero la novedad del procedimiento para la casi totalidad de los cardenales habría dilatado sobremanera el trámite, de tal modo que se renunció a hacerlo.

La segunda votación se efectuó a la tarde y estuvo caracterizada por el decisivo avan-

ce de Pecci (26 votos) y la estabilidad de sus adversarios respecto a sus posiciones de partida (solo Bilio ganó un punto). El resultado obtenido impulsó a los cardenales al “acceso”, en el que ulteriormente Pecci llegó a 34. También Bilio y Panebianco mejoraron levemente sus posiciones (9 votos para el primero, 6 para el segundo), pero ya Pecci era inalcanzable. A la mañana siguiente, en efecto, sobre 61 votantes (para ese momento se había agregado el patriarca de Lisboa, mientras que el arzobispo de Nueva York llegó una vez terminado el cónclave), 44 optaron por él, Bilio bajó a 5 votos y los demás candidatos redujeron aún más los suyos. Con más de dos tercios de los votos, el arzobispo de Perusa y camarlengo de la Santa Iglesia Romana, había sido electo. Como ya lo confiara a algunos, aceptó y anunció su deseo de llamarse León.

Perfil de un futuro papa

La noche anterior, el conclavista del cardenal Bartolini, el oratoriano padre Calenzio, había ido a visitarlo a su celda y si el diario que redactó es sincero y carente de retoques —es decir, si no tiene fines edificantes—, el hombre que encontró era muy distinto del joven delegado apostólico de Benevento, que había rechazado al complaciente Gregorio XVI algunas promociones por juzgarlas demasiado insignificantes, o del nuncio de treinta y seis años que no ocultaba su orgullosa pretensión al capelo cardenalicio, o incluso del obispo que pocos meses después había hecho su entrada solemne en Perusa cabalgando como un rey sobre un hermoso corcel blanco. Aun pocos días antes, aquel mismo hombre, con sus decisiones seguras y terminantes, había restablecido el orden y la disciplina en los Sagrados Palacios. Ahora, en cambio, parecía replegado sobre sí mismo, confuso y tembloroso (aunque el temblor enfermizo de la mano derecha que lo afligía, parecía derivar de una sangría mal practicada antes que de una perturbación general). Apenas a los 68 años, se lo veía como un viejo, un viejo frágil y lleno de conmiseración por su carne vacilante y achacosa. “Si por desgracia me eligen —continuaba repitiendo— deberán volver a hacer el cónclave de aquí a algún tiempo”. Pero sobre todo insistía en deplorar y replantear su ineptitud para la grave misión pontificia. Lo cual, por otro lado, no es absolutamente sorprendente. Es demasiado habitual, en efecto, considerar ciertas responsabilidades solo, o sobre todo bajo su aspecto optimista, cuando su asunción es apenas una posibilidad genérica; en tanto que las perspectivas cambian profundamente cuando aquélla se convierte —particularmente si es inesperada— en una certidumbre ahora inevitable. En ese caso los aspectos negativos, o incluso sólo inquietantes, de ciertos honores y de ciertas promociones reintegran el contexto dentro de una valoración más

justa y entonces llegan a predominar; y la reacción más obvia es la ansiedad y el desfallecimiento. Tratándose además de hombres de Iglesia, no se puede omitir el particular aspecto psicológico que lo distingue de otras situaciones. Si en los hombres de mundo, la ambición aumenta con la edad, en los hombres de iglesia, con el progreso de los años, ella compete crecientemente con el temor del próximo fin y del inminente juicio divino. A menos que un eclesiástico haya abrazado la carrera con la desaprensión más inhumana, sometiendo con frío cinismo a las repugnantes formalidades de una fe no sentida o incluso aborrecida, la impregnación de las verdades religiosas, superficial en la juventud y en la madurez, con el correr de los años y especialmente con el avance de la vejez, va conquistando mayor capacidad de penetración.

En cuanto a Pecci en particular, no hay motivos que induzcan a creer que haya sido alguna vez un frío especulador de las posibilidades que le ofrecía su carrera eclesiástica (en un Estado, adviértase, típicamente levítico, como el pontificio) para alcanzar la máxima distinción. Por el contrario, a propósito de esto, su primera adolescencia ofrece un episodio significativo. Cuando sólo tenía once años, su madre, que deseaba verlo ya inscripto en el clero y nada menos que con la tonsura, solicitó explícitamente ese favor para él y para su hermano José, al delegado apostólico de Viterbo, monseñor Lolli. Pero los dos jovencitos esquivaron el deseo materno aduciendo su corta edad. Cierto es que tres años después la resolución se había cumplido y Vicentito (tal era, en realidad, su verdadero nombre de bautismo, que solo más tarde abandonaría por el de Joaquín) vestía los hábitos, en tanto José revelaba su deseo de entrar en la Compañía de Jesús; pero ésta era ya una edad más juiciosa y de todos modos la resolución fue tomada sobre todo para reconfortar a la madre enferma, que moriría un mes después.

En la formación impartida a los hermanos por sus maestros jesuitas, todo descansaba en las responsabilidades personales que se asumen en soledad, frente a Dios y al destino eterno del alma, y su comportamiento correspondió plenamente a ella. Si más tarde la preocupación por la "mayor gloria de Dios" contrastó a menudo, en el futuro Papa, con la del triunfo personal, ello no sólo es humano, sino que se explica —y tal vez se justifica— por las características equivocadas de toda carrera que se desarrollara en el Estado pontificio de su tiempo. Más tarde sin embargo, treinta años de episcopado operaron una lenta y cada vez más profunda evolución en su espíritu. Este extenso período central en la vida de Pecci no ha sido aún suficientemente estudiado y tal vez no sea posible hacerlo nunca; de todos modos los datos externos antes citados (las seis visitas pastorales a toda la

diócesis, en particular, y al menos la última, podían ser consideradas, por una conciencia menos sensible a los propios deberes, un agregado superfluo al conocimiento de su grey) son suficiente testimonio de un interés poco común e indudablemente convergen dentro de un marco de vida episcopal de nobles relieves. Convertido en Papa, y aunque caracterizándose sobre todo por actitudes de soberano más que de pontífice, revelará una inesperada simplicidad de espíritu para no decir una cierta infalibilidad devota, hasta el punto de no vacilar en insinuar entre sus mayores encíclicas doctrinales aquellas, ciertamente más modestas aunque no menos inspiradas —y fueron diez sobre sesenta—, en las que inculcaba la devoción a María especialmente a través de la práctica del Rosario.

Por otra parte, no hay ninguna prueba de que, durante los largos años de pontificado del papa, Mastai, él haya ambicionado seriamente su sucesión o que haya intrigado para lograrla. Se sabe, es cierto, que al morir el cardenal Vannicelli, expresó a Pío IX su deseo de volver a Roma y ocupar el cargo de prelatario, pero que su solicitud fue desechada por la oposición de Antonelli. Pero esto sólo significa que aspiraba a poder retirarse en la vejez, en la capital, que realizó después del nombramiento de camarlengo y la muerte de Antonelli. Pero incluso entonces, conservando el arzobispado de Perusa, su vida no cambió mayormente, y cuando sobrevino la muerte de Pío IX, estaba tan lejos de prever lo que le esperaba que ni siquiera pensó en guardar las cartas que tenía en su habitación.

Había ido a vivir en la calle Julia, en el palacio Falconieri, donde se alojaba también el cardenal Bartolini, al que naturalmente conocía, pero con el cual nunca había intimado. Lo que los distanciaba de él, más que el origen popular de su colega y sus maneras por así decir transtiberinas de auténtico romano, era la notable diferencia de carácter y de intereses, ya que Bartolini era un temperamento tan impulsivo como sincero, tan espontáneo como cambiante de humores, animado y locuaz. . . Sin ser profesional, era un apasionado aunque desordenado cultor de investigaciones arqueológicas y habiendo viajado mucho tenía hecho un buen acopio de rarezas. Pero se dio la oportunidad de que intimaran en un momento particularmente importante de la vida de Pecci. Al caer Bartolini gravemente enfermo, el nuevo camarlengo lo asistió durante ese período, y sobre todo tomó el hábito de pasar todos los días media hora con él, mientras duró esa larga convalecencia. Y casi con certeza, fue entonces que los dos purpurados descubrieron que tenían en común no pocas ideas sobre cómo debía orientarse el pontificado del sucesor de Pío IX, y que Bartolini en su fuero íntimo decidió favorecer la elección de Pecci en el próximo cónclave. Pero entre ellos no hubo ningún pacto

al respecto. Por lo demás, si Pecci hubiese previsto su elección no habría demostrado esa confusión y esa turbación que caracterizó sus primeros días de pontificado, tanto que pareció estar dominado por sus grandes electores, por lo menos en más de una decisión. Porque una cosa es cierta: el pontífice, que pronto debía asumir actitudes tan mágicas e impresionantes de soberana majestad, no sólo en el día de su elección, sino también en el de la coronación, apareció bien modesto e insignificante, a tal punto que dejó profundamente desilusionados, en especial a los elementos aristocráticos y diplomáticos presentes en la ceremonia. En esos días todo parece incierto a su alrededor. Y si en el primero, sus vacilaciones tuvieron que ver, más que con otra cosa, con las modalidades de la bendición *Urbi et Orbi*, en el siguiente se referían al lugar de la coronación, que podía ser —a elección— la basílica de San Pedro, o la sala de las bendiciones o también la capilla Sixtina. El Papa parecía inclinado a la basílica, pero luego terminó por aceptar la capilla. La ceremonia de todos modos, debía concluir con una segunda bendición pública a los fieles. ¿Se debería ahora optar entre la galería exterior y la galería interior? Salomónicamente, el nuevo Papa decidió en exclusivo favor de su fatiga, es decir, renunciando a cualquier forma de bendición.

León XII y la "Kulturkampf"

A veces se sospecha que detrás de todas estas manifestaciones de incertidumbre inicial, se escondía en realidad el astuto propósito de evitar todo compromiso frente a la difícil situación en que se encontraba la Santa Sede respecto al Estado italiano. El hecho es que, inmediatamente y al menos en un terreno, el nuevo Papa no pareció de ningún modo titubeante y ansioso, sino lúcido y seguro de sí mismo: el de la política internacional. Delineó todo su programa, aunque sintéticamente, ya en la tarde de la elección, al recibir al secretario de la Congregación para los asuntos eclesiásticos extraordinarios, monseñor Vicente Vannutelli, que debía redactar los anuncios oficiales del advenimiento a los distintos jefes de Estado. Habitualmente, esas cartas eran redactadas en un formulario fijo. En cambio, él quiso que su primer contacto con los dirigentes de los pueblos, contuviese precisas referencias a la situación concreta de las relaciones existentes entre la Santa Sede y cada país, lamentándose en el caso de que algún gobierno hubiese dejado filtrar cierta frialdad o inercia en las relaciones con el Vaticano, o peor aún, que estuviera dispuesto a una guerra abierta, o felicitándose en el caso opuesto.

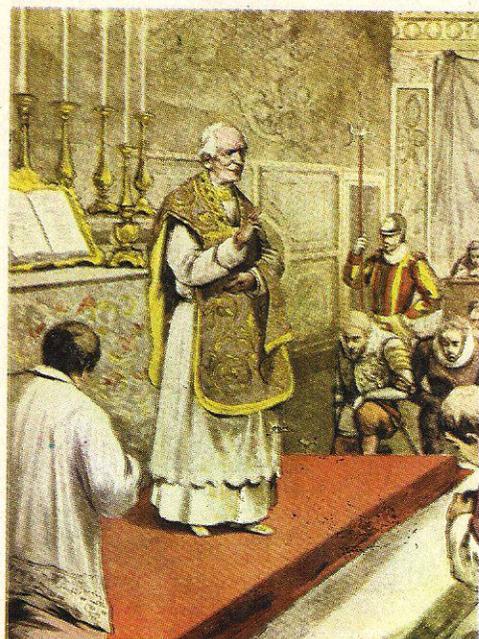
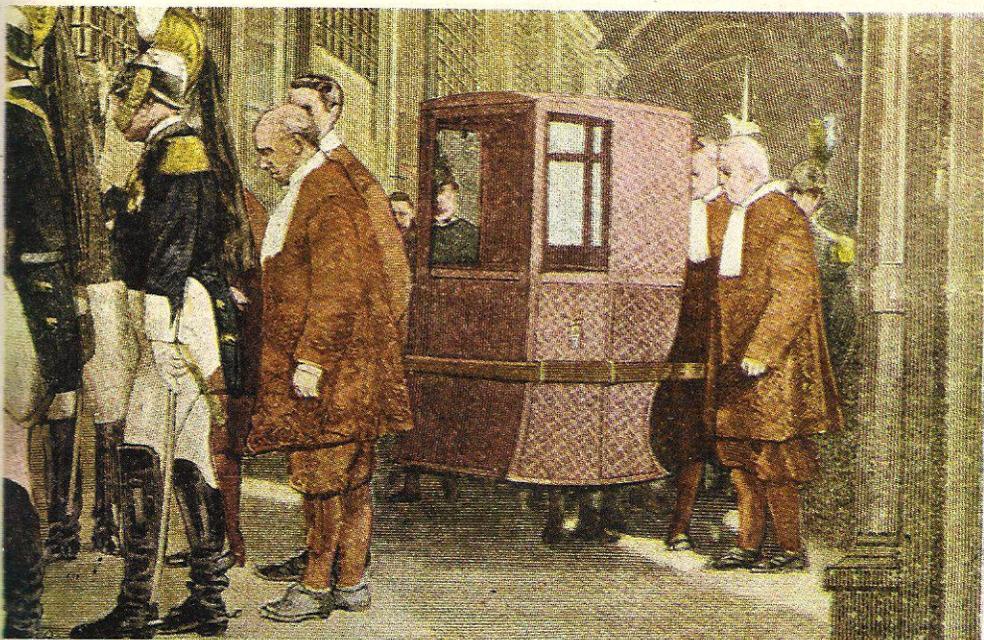
En Alemania por ejemplo, la *Kulturkampf* había arreciado desde años atrás, a partir de 1870, y su pretexto había sido la definición dogmática de la infalibilidad



1. El papa en sus jardines. Cubierta de la "Tribuna Illustrata", 1893.

2, 3. Interiores del Vaticano. De la "Tribuna Illustrata", 1898.

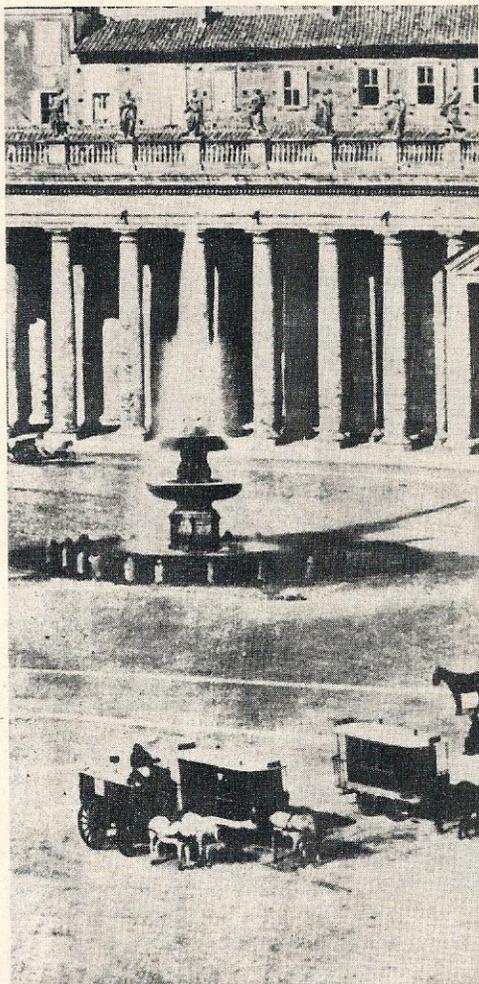
4. La bendición pascual del papa en la Capilla Sixtina. Cubierta de la "Tribuna Illustrata", 1893.



1, 2, 3. Vistas de Roma en 1880.

4. El papa reza en la Capilla Sixtina.

5. El papa sale en carroza en los Jardines Vaticanos.



1

pontificia con que se clausurara el Concilio Vaticano I. En el mensaje enviado al emperador ese 20 de febrero, por intermedio del embajador de Baviera en el Vaticano, León XIII deploró tal estado de cosas auspiciando no solo la cesación de la lucha, sino también la más plena y cordial colaboración entre los dos poderes. Guillermo, "Imperator et Rex", como suscribía, respondió con cortesía aunque más bien evasivamente el 24 de marzo, con una carta refrendada por el príncipe de Bismarck, y por lo tanto de carácter oficial. Y eso fue suficiente para que el Papa estuviese dispuesto a insistir el 17 de abril extendiéndose hasta el punto de exhortar a la eliminación, o al menos a la modificación de aquellas disposiciones legislativas y constitucionales que a su parecer obstruían la posibilidad de relaciones amplias y amistosas entre la Santa Sede y Prusia. La pretensión era en realidad más bien excesiva y tal vez el emperador se preparaba a responder al pontífice, siempre con la colaboración de su Canciller, cuando el 2 de junio cayó herido en un atentado. El papa fue tan oportuno en comunicarle su pena, que mereció el día 10 una contestación del príncipe heredero Federico Guillermo, también refrendada por Bismarck, donde el príncipe, aunque oponiéndose a la proposición de modificaciones constitucionales, se mostraba en cambio sustancialmente optimista a propósito de la sugerencia de relaciones más cordiales. Por lo demás, a las palabras siguieron pronto los hechos. El 29 de junio, el nuncio pontificio en Munich—Baviera—, monseñor Aloisi-Masella mantenía una primera conferencia en Kissingen con el príncipe de Bismarck.

Y a este nuevo estilo en las relaciones personales y secretas, León XIII hizo seguir también un cambio de estilo en las públicas. Cuando el 23 de mayo, el barón von Loe y la princesa Thurn y Taxis, hermana de la emperatriz Isabel de Austria y de la ex reina de Nápoles, le presentaron una numerosa peregrinación alemana, el papa asombró a todos los presentes con el tono de su discurso. El año anterior, y precisamente en el mismo mes, frente a otra peregrinación alemana guiada por el mismo barón von Loe, Pío IX no había vacilado en llamar repetidamente "nuevo Atila" al emperador alemán autor de la *Kulturkampf*. León XIII en cambio, conociendo la expectativa que rodeaba ese primer discurso suyo, simplemente ignoró la grave situación existente entre la Iglesia y el Estado en Alemania, limitándose a augurar el más cordial entendimiento entre los dos poderes. La impresión fue enorme, porque todos advirtieron que el tono del discurso del nuevo papa no podía justificarse sino con el propósito de abrir un nuevo capítulo en las relaciones con el Imperio alemán. Pero si el tono de los discursos era distinto, más lo era el estilo de los contactos diplomáticos, conducidos con aquella flexibili-

dad y con aquel realismo que son propios de la auténtica diplomacia. En lugar de la rigidez a ultranza que asumía Pío IX en nombre de la intangibilidad de los principios, León XIII introdujo el espíritu de tolerancia y de comprensión: las tratativas progresaron así lenta pero constantemente en el terreno de las concesiones recíprocas y de los compromisos posibles, mantenidos por una paciencia y una serenidad muy superiores. Fueron largas y laboriosas, pero la conclusión en que desembocaron después de una década (durante la cual la supresión de las llamadas "leyes de mayo" se efectuó gradualmente), delineó un éxito indiscutible. De una situación que parecía desesperada y tanto que el mismo Bismarck la comparó una vez con la cuadratura del círculo (*Zirkelquadratur*), se llegó a una paz honorable y fecunda, subyugada entre otras cosas por las tres visitas que Guillermo II realizó al Vaticano en 1888, 1893 y 1903.

El Papa y la Francia republicana

Si en Alemania la *Kulturkampf* fue sinónimo de guerra total y encendida entre la Iglesia y el Estado, en Francia, sin una palabra de orden de parecida eficacia mágica, las relaciones entre la Iglesia y la República de Gambetta y de Ferry no fueron nada pacíficas. Puede decirse que muy pronto las leyes de laicización no dejaron intacto un solo sector de las actividades y de las organizaciones católicas del país. Además, en la "primogénita", la situación fue todavía más complicada por la profunda fractura que dividía entre ellos a los propios católicos frente al problema constitucional. Sobre todo la mayoría de la aristocracia y la alta burguesía era irreductible antirrepublicana, y lo mismo podía decirse del episcopado, seleccionado e incrementado en gran parte en el clima del Imperio. León XIII se debería haber inclinado por afinidades electivas —pequeño pero tenaz aristócrata como era— hacia los nostálgicos de la monarquía. Pero pronto se dio cuenta con asombrosa clarividencia, de la irreversibilidad del régimen democrático y dedicó todos sus esfuerzos a convencer, no sólo a los gobiernos laicistas y casi siempre fanáticamente anticlericales de la sinceridad del apoyo que les ofrecía, sino también a los católicos (especialmente con la encíclica *Nobilissima Gallorum gens*, de 1884 y con la *Au milieu des sollicitudes*, de 1892) sobre las posiciones de fidelidad al gobierno más allá de toda predilección personal.

Es difícil decir dónde su audacia y su constancia encontraron los mayores obstáculos. Probablemente en la resistencia ideológico-sentimental de los católicos, que no lograron superar el mito de la fórmula "trono y altar" y que el largo e intolerante pontificado del papa Mastai había educado en la más denodada intransigencia hacia todo gobierno laico. De todos modos, aun-

que las resistencias gubernativas y de los partidos republicanos —resistencia incrementada por la impotencia de sus esfuerzos para desarmar el sanfedismo de los católicos monárquicos— nunca cesaron, tampoco lograron hacerlo desistir.

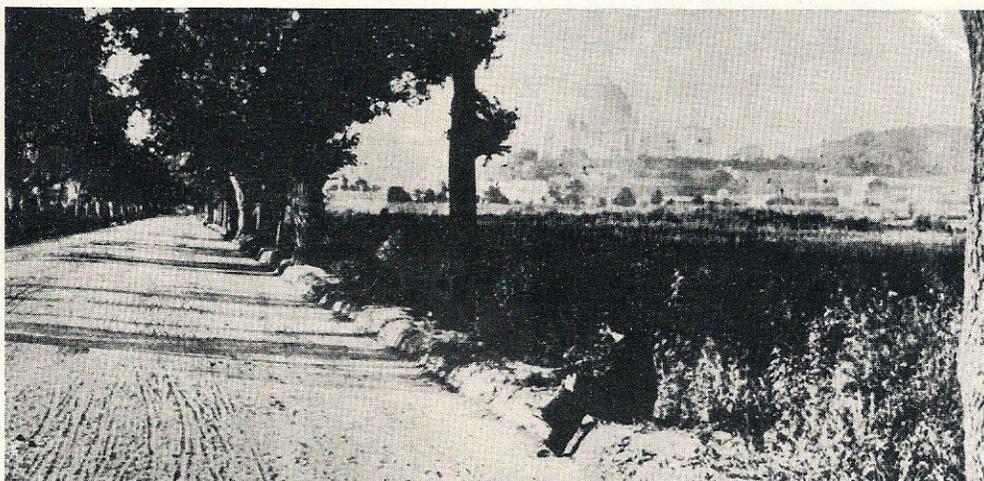
Así como con Alemania, también con Francia León XIII dio prueba de una insuperable tolerancia y de una flexibilidad inagotable. Aprovechó todas las oportunidades de favorecerla en el plano internacional, secundándola entre otras, en su expansión colonial en África del Norte y apoyando su alianza con Rusia. Un historiador italiano de aquel tiempo pudo escribir a propósito del paciente tramado de la política de León XIII: "León concede, tal vez, más de cuanto debería y calla más de lo conveniente... Progresó con medios términos y compromisos; tolera incluso la prepotencia, y deja de mandar al nuncio a Pekín... No quiere bajo ningún concepto romper las relaciones diplomáticas con Francia".

Pero el asunto Dreyfus destrozó definitivamente la ilusión de un acercamiento y abrió el camino a los excesos del combismo, que habían llevado bajo Pío IX a la ruptura del concordato y a la separación de la Iglesia y el Estado. Pero la política de León XIII había edificado bases más sólidas que nunca en el país. Y de todas maneras no es casual que precisamente dos grandes diplomáticos salidos de su escuela, Della Chiesa y Gasparri, el primero de los cuales fue pontífice en 1914 y el segundo Secretario de Estado de Della Chiesa y de su sucesor, la llevaron al triunfo definitivo en los veinte años siguientes.

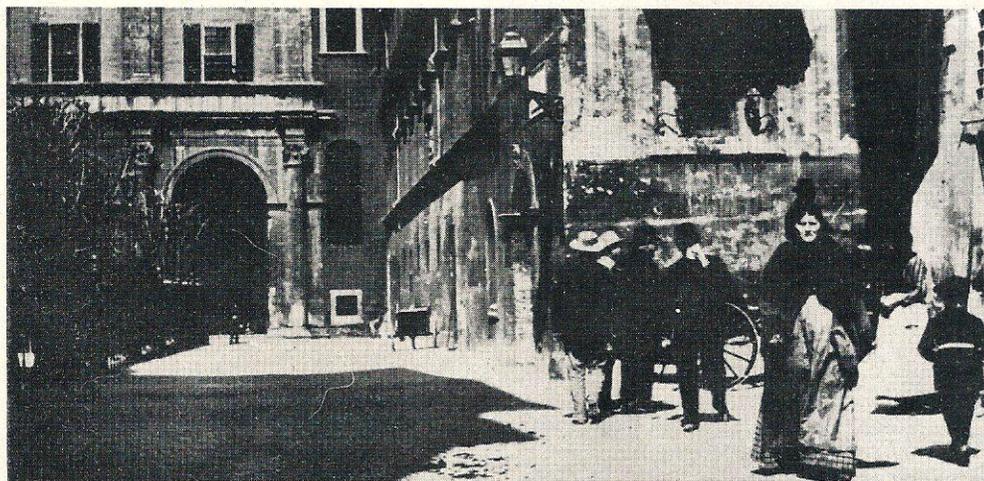
Iglesia y Estado bajo León XIII

El estilo adoptado en las relaciones con Alemania y Francia, más aún que su contenido o que los efectivos éxitos logrados, ayuda a comprender la que era, esencialmente, una aspiración fundamental de la actividad política de León XIII: reinstalar a la Iglesia en el centro de las relaciones internacionales, poniendo fin de una vez para siempre al largo período de aislamiento en que la habían confinado primero el absolutismo de las mismas potencias católicas y luego el laicismo de los Estados post-revolucionarios; pero reinstalarla no ya como potencia entre las potencias para participar en sus rivalidades temporales, sino como potencia *sui generis* que aspira, por su misma constitución, a ejercer entre ellas y sobre ellas una función moral normativa y moderadora de su comportamiento.

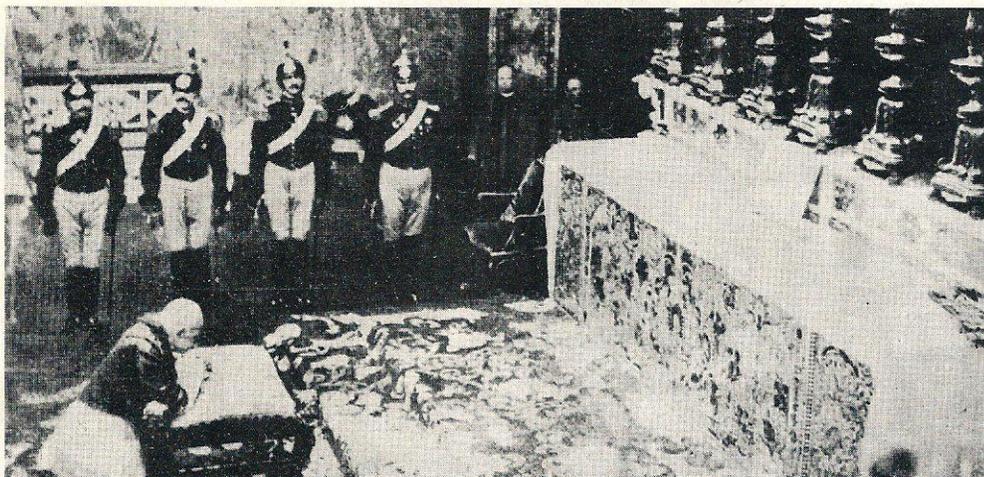
Es cierto que León XIII nunca habló ni escribió *ex profeso* sobre el papel de la Iglesia en el seno de la sociedad internacional, limitándose a teorizar las relaciones entre la Iglesia y los Estados particulares. Pero la razón es que una sociedad internacional, o aún articulada, era inexistente entonces y su realismo lo llevaba a evitar los problemas puramente teóricos e hipotéti-



2



3



4



5

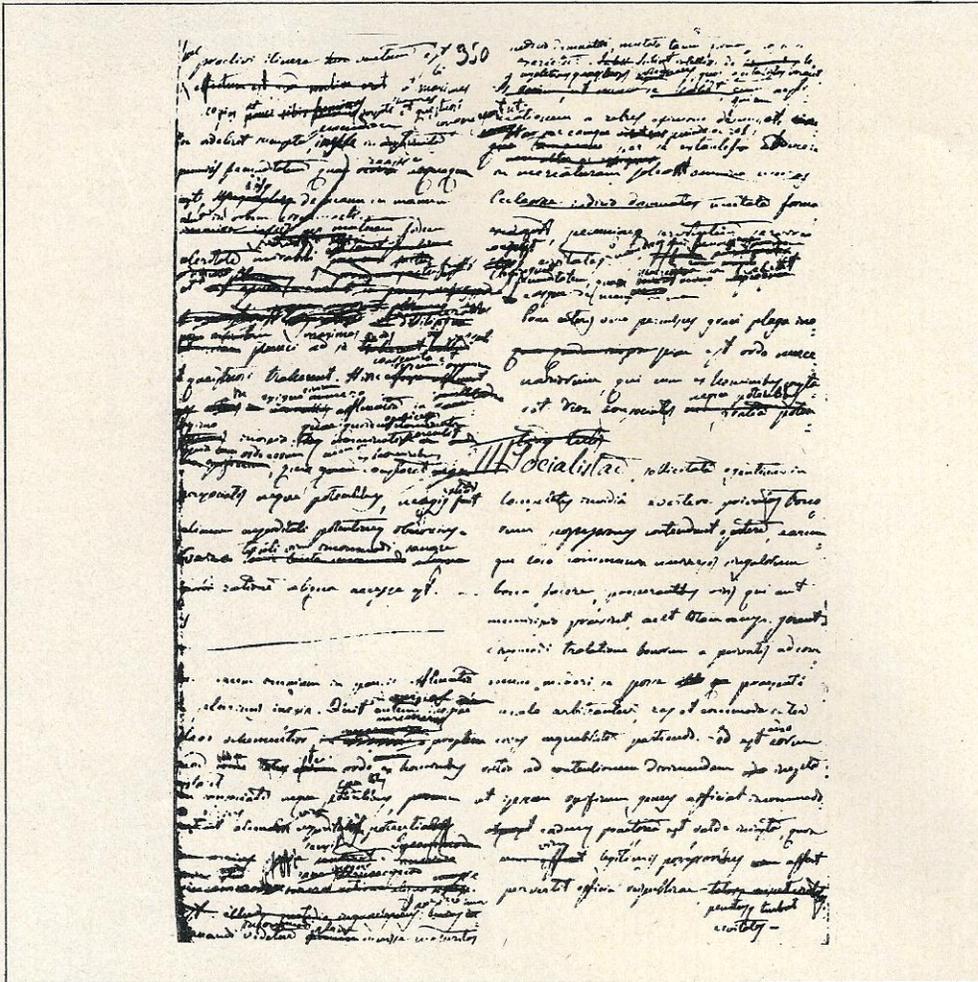




2

1. León XIII. Dibujo de A. Beltrame.
De la "Domenica del Corriere".

2. La conferencia de los cardenales
y de los patriarcas católicos orientales
presidida por el papa. Cubierta
de la "Tribuna Illustrata", 1894.



1. Una página de la *Rerum Novarum*, manuscrito de monseñor Volpini.

2. Monseñor Volpini.



cos. Por lo demás, las funciones de la Iglesia en relación con una sociedad internacional organizada, de algún modo se deducían, al menos en sus puntos esenciales, de la doctrina trazada por él "sobre la cristiana constitución de los Estados" (en la encíclica *Immortale Dei*, de 1885). Doctrina a propósito de la cual es demasiado fácil reprochar a sus colaboradores que no desplegaran mucha fantasía en la reelaboración de las viejas tesis medievales sobre los dos poderes complementarios, aunque de distinto valor en razón de sus respectivas finalidades, es decir prácticamente subordinados el uno al otro (el Estado a la Iglesia). En realidad, en lo que fueron originales, o sea en proponer a la Iglesia como sociedad perfecta *in genere suo* y por ello absolutamente autónoma y *sui juris*, pusieron de relieve todos los presupuestos de una dolorosísima involución. Bajo la presión de los tiempos, —es decir, de la oposición laica y separatista, de la caída del poder temporal, de la progresiva concentración curial y por último de la proclamación dogmática del primado y de la infalibilidad pontificia— los teólogos terminaron por adecuar su concepción de la Iglesia no ya a las Sagradas Escrituras y a la tradición patristica sino al derecho canónico, deformándola radicalmente con todas las consecuencias que fueron expiadas durante casi un siglo, hasta su cancelación por el Concilio Vaticano II.

En cuanto a León XIII, no hay duda de que lo que deseaba afirmar con la doctrina expresada en la *Immortale Dei*, en la *Libertas* (1888) y en *Au milieu* (1892), es la distinción cualitativa entre la Iglesia y cualquiera otra sociedad, especialmente estatal, distinción basada en el hecho de que la única competencia de la Iglesia se refiere a lo espiritual. Y ésta, en una época en que aún estaba incandescente la cuestión romana, era en verdad una afirmación valerosa, capaz por sí sola de desacreditar la leyenda de León XIII como pontífice esencialmente político, naturalmente en el sentido más restringido y peyorativo del término. Solamente una valoración superficial y verdaderamente cuantitativa de su actividad diplomática, que sólo en apariencia predomina sobre cualquier otra en su pontificado, ha podido divulgar un clisé tan deformado de su obra.

La más especiosa, pero al mismo tiempo la más absurda de las tesis sostenidas a propósito de la política de León XIII pretende todavía hoy que él basaba su acción en la alianza con una sola gran potencia o con un solo grupo de potencias; así para la primera parte de su pontificado se da el nombre de Alemania y para la segunda, el de Francia. En realidad León XIII fue mucho más ambicioso y trataba de obtener la amistad más profunda posible de todos los Estados, grandes y pequeños, católicos y cismáticos, y hasta no cristianos. Sus manos estuvieron siempre y simultáneamente tendidas hacia Alemania y hacia Francia,

a Inglaterra y a Rusia, a Bélgica y a Suiza, a Portugal y a España y también a todo estado extra-europeo, puesto que estuvo en las más cordiales relaciones con el Sultán de Estambul, y con los sucesivos chah de Persia, con el emperador de China, con el Mikado de Japón, con el Negus de Etiopía. Tampoco tuvo ninguna aprensión en revelar sus simpatías por las minorías étnicas como aquellas, por ejemplo, que constituían el gran imperio austrohúngaro, a tal punto que se puede hablar, aunque con lenguaje equívoco, de su política filoeslava y filohúngara. La obra de despertar nacional conducida por monseñor Strossmayer, obispo de Diakobar, entre croatas y eslovenos, tuvo su incondicionado apoyo. Y así como concedió a éste que la enseñanza catequística se hiciese en eslavo, también reconoció el mismo privilegio para los húngaros que hasta entonces la habían tenido en alemán.

Si León XIII se hubiese prestado a favorecer los designios hegemónicos de uno o de otro Estado, de uno o de otro grupo combatiente, todo eso evidentemente, no hubiera sido posible. Y en efecto, nadie podrá acusarlo de haberse adherido, en cuestiones políticas, a una o a otra potencia. Su fuerza y su éxito dependían únicamente de su absoluta autonomía y de su completo desinterés respecto a las contiendas de orden profano. Por eso siempre estuvo atento a no prestarse al aprovechamiento que cualquier Estado podría hacer de su benevolencia, como en el caso de la conferencia internacional convocada en Berlín por el emperador Guillermo II con el pretexto de mejorar la condición obrera. Y no por otro motivo fue invitado antes a actuar como mediador entre Alemania y España a propósito de las islas Carolinas y más tarde en lo que respecta a Cuba: dos momentos éstos, que señalaron una culminación de su política de arbitraje moral universal. (Mientras que fue una gran desilusión para él que lo hubieran excluido, por hostilidad de Italia, de la conferencia internacional por la paz, desarrollada en La Haya en 1889).

Naturalmente la cordialidad de las relaciones con cada Estado no podía limitarse y expresarse de manera exclusivamente verbal y a veces podía parecer que los beneficios obtenidos en Roma implicaban, como contrapartida, el sacrificio de los intereses concretos de las Iglesias locales. Pero esto es así solo en apariencia. Cuando, por ejemplo, acogiendo las solicitudes de Gladstone y de Salisbury, invitó a mayor moderación a los obispos irlandeses, sabía que hacía concesiones que tarde o temprano redundarían en ventajas relevantes para la Iglesia de Inglaterra o para la de Irlanda, y no se equivocaba. Como no se equivocaba cuando, a pesar de las muchas peticiones en contrario de los católicos norteamericanos y de su jerarquía, se negó a dar a las colonias de inmigrantes de los Esta-

dos Unidos obispos de su nacionalidad para favorecer, como quería el gobierno, su más rápida integración en el país. Del otro lado del océano, no fueron pocos los que consideraron que él había pospuesto fríamente el bien espiritual de esos fieles a quién sabe qué propósitos de orden político, y del mismo modo lo juzgaron los polacos cuando supieron sus acercamientos a la Rusia zarista. Conmovidos por el generoso comportamiento de Pío IX a su respecto, se creyeron abandonados a una inexorable razón de Estado. Pero la política de León XIII, más que cínicamente especuladora y desconsiderada, era una política que miraba lejos. Y en efecto, no se tardó en verificar sus efectos: Nicolás II terminó por modificar su actitud hacia los católicos polacos de rito oriental y Alejandro III, en 1903, concedió una Constitución más rica en garantías para la libertad religiosa de las minorías.

Su saber esperar y evitar reaccionar con inútiles escenas de indudable efecto espectacular, pero parejamente estériles, raramente dejaba de dar sus frutos: se lo comprobó en el caso de Bélgica, que sin bien rompe las relaciones diplomáticas con el Vaticano, pronto las reanuda. Por otra parte, León XIII estaba muy lejos de ser laxista o renunciatorio; lo demostró, por ejemplo, en España con la amenaza del retiro del nuncio. Las únicas maniobras políticas que se permitía estuvieron en relación con la cuestión romana; pero además —y hoy se puede reconocerlo— fueron por su parte de legítima defensa, dada la precaria situación en que se hallaba la Santa Sede frente a Italia y por otro lado, fueron promovidas después de haberse enfrentado con las más graves decepciones en su intento de hallar un acuerdo directo con el “ocupante”.

Si León XIII se hubiese dejado enredar en el juego político, su indiferencia hacia las formas de régimen de los distintos países se hubiera manifestado de un modo más cauto y prudente. En cambio, no solo demostró, en su intento de acercamiento con Francia, la actitud más llamativa y desprejuiciada en cuanto a ausencia de reservas hacia los regímenes democráticos, sino que teorizó además sobre la indiferencia de la Iglesia en lo que respecta a los distintos sistemas políticos, en una encíclica (la *Au milieu*). Ya en la *Sapientiae christianae* había afirmado: “Atraer a la Iglesia hacia un partido o servirse de ella para vencer a los adversarios es abusar de la religión”. Palabras ciertamente imprudentes en labios de un papa puramente político.

Además, atestiguó la actitud fundamentalmente religiosa de su política con una sustancial frialdad hacia los partidos católicos. Como era obvio, no cuestionó a los ya existentes que demostraban desempeñar un papel al menos temporalmente eficaz; pero, si bien no impidió, tampoco se entusiasmó por la constitución de otros nuevos, co-

mo el suizo y el austríaco, que tal vez tenían razones que los justificasen. Cuando éstas faltaban o le parecían insuficientes, fue en cambio inexorable. Y debió experimentarlo precisamente Alberto de Mun, que gozaba sin embargo de toda su estima y simpatía. En efecto, cuando en 1885 éste se aprestaba a dar vida a un partido de inspiración católica en Francia, León XIII no vaciló en desaprobalo, a pesar de propugnar sus mismas ideas sociales. Por lo demás, fue a propósito de las luchas entre alfonsistas y carlistas en España que el papa León escribió (en la *Cum Multa*): “si es un error separar completamente a la religión de los problemas del Estado, no lo es menos confundir a la religión con un partido político”; peor aún es “afirmar que quienes pertenecen a otro partido han dejado por eso de ser católicos”.

Todo esto es más que suficiente para convencerse de que la política de León XIII no puede ser juzgada con la medida del éxito concreto e inmediato, como no pocos intentaron hacerlo en base al balance de la situación política de la Iglesia al término de su pontificado. Aparte del hecho de que la fluidez esencial de la vida política vuelve arbitraria cualquier evaluación general y absoluta que se deduzca del balance relativo a un solo momento cronológico, y que los efectos más profundos y durables de la acción de un gran estadista raramente se pueden limitar al período de su actividad, ya que ellos pueden dilatarse bastante e incluso resultar inesperadamente más fecundos después de esa actividad; es un hecho indudable que el método con que se juzga la política profana es distinto al que se usa para la política eclesiástica. En el caso de León XIII, de todos modos, su pontificado abunda en resultados sorprendentes. Y es evidente que éstos asumen proporciones todavía más impresionantes cuando se compara la situación de la Iglesia hacia el final del pontificado de su predecesor y si se tiene presente el grado de acritud laicista y a menudo el fanatismo anticlerical que caracterizaba a gran parte de los hombres políticos de las últimas décadas del siglo pasado, con los que tuvo que tratar León XIII.

De todas maneras lo que más cuenta en su caso no es el hecho de que haya triunfado en mayor o menor medida en sus intentos de acercamiento amistoso con las distintas potencias, sino que entrara en contacto con casi todos los países y continentes y que en todas partes se reanudase el diálogo entre la Iglesia y la sociedad laica. Esta política de apertura —se podría decir incondicional—, entablada en un marco tan complejo de relaciones y alianzas, no podía dejar de sufrir las derrotas parciales que a menudo no dependen tanto de la voluntad de los hombres como de la fuerza de las circunstancias. Pero una fractura en un sector, casi siempre resultaba compensada por un acercamiento en otro y así la trama ge-

neral resistía y se consolidaba. Ayudada también, no hay que dejar de reconocerlo, por el excepcional período histórico con el que coincidió su pontificado. Uno de los períodos ciertamente afortunados de la historia de la humanidad, considerada desde el punto de vista de los conflictos armados. En efecto, especialmente en Europa, entre 1870 y 1900, no hubo ninguna guerra. Los pocos conflictos en los que tuvieron una participación activa las potencias europeas se desarrollaron fuera del continente. Pero si, también por ello, León XIII no fue ni un doctrinario ni un apóstol directo de la paz, por la paz trabajó incansablemente con toda su acción política, basada en hacer de la Iglesia el árbitro ideal de toda contienda eventual entre los pueblos y por consiguiente en la misión moralizadora y estimulante que él le atribuía.

¿Un papa socialista?

Sin embargo, si se dedicó solo indirectamente a la paz política, su comportamiento en lo referente a la paz social fue mucho más firme. Es difícil por cierto, suscribir lo que con demasiado énfasis escribió un moderno apologista del catolicismo, es decir que León XIII llevó a la Iglesia al centro del laboratorio social. Cuarenta años después, Pío XI reconocía con mayor realismo que la apostasía de las masas trabajadoras continuaba siendo un hecho innegable. Pero no deja de ser cierto que León XIII fue el primer papa que tuvo conciencia de las transformaciones sociales de su siglo y que no se ilusionó sobre la precariedad del fenómeno, como la mayor parte de sus consejeros y de las jerarquías eclesiásticas de los distintos países. Y si se piensa que maduró esta concepción en una Italia de atrasado proceso industrial, donde recién en 1891 se llega a la formación del partido de los trabajadores italianos y nacen las primeras Cámaras del trabajo (el Partido Socialista aparecería en el año siguiente), y a pesar de que sus orígenes y su mentalidad aristocráticas eran los menos adecuados para favorecer tal toma de conciencia, esto provoca estupefacción. El hecho es que, en todo caso, los comienzos de su pontificado no hacían prever en él a un papa "socialista" que pasó a la historia. Basta pensar en su segunda encíclica, suscrita en su primer año de reinado, el 28 de diciembre de 1878, la *Quod apostolici muneris*, dirigida contra "la peste mortífera que recorre las vísceras íntimas de la sociedad poniéndola en extremo peligro de destrucción", peste mortífera que él atribuía al contagio de sectarios "distribuidos por todo el mundo y unidos entre sí por vínculos de inicua conspiración": los socialistas, los comunistas y los anarquistas, todos ellos —agregaba— reclutados más que nada entre los artesanos y los obreros que "se han cansado de trabajar". En la misma encíclica formulaba por primera vez esa apela-

ción a los jefes de Estado y "a los príncipes", que luego se convertiría en el leitmotiv constante de todas sus encíclicas político-sociales, y que los instaba a aliarse estrechamente con la Iglesia si querían sobrevivir a la ascendiente marea del socialismo.

Un punto de partida tan claramente conservador explica que recién en 1891 el papa León pudo publicar la *Rerum Novarum*. Luego, y por más de una década, debía ser un espectador con participación e interés cada vez mayores en las grandes reivindicaciones sociales promovidas y coordinadas en los mayores países europeos no sólo por laicos generosos sino también por eminentes obispos, algunos de los cuales ya habían comenzado su lucha bajo el pontificado de Pío IX. El cardenal Manning de Inglaterra, el obispo Ketteler de Alemania, el obispo Mermillod de Suiza y laicos como De Dun, La Tour du Pin, Harmel, Vogelsang, Descurtins, Toniolo, etc., fueron, en parte los pioneros del movimiento social católico, que él conocía desde los tiempos de su estadía en Perusa y, en parte sus instigadores. Pero si finalmente se convenció de la importancia de la cuestión social, sobre todo con el fin de conservar a las masas populares dentro de la Iglesia, también es cierto que reaccionó ante ella a su modo, o sea sin renegar de su propio conservadorismo fundamental.

Quien leyera fríamente la *Rerum Novarum*, sustrayéndose a la exaltación o a la denigración excesivas que siempre acompañan a los grandes documentos históricos, no puede dejar de conmoverse por el hecho de encontrarse frente a un texto indiscutiblemente singular. En efecto, mientras se enfrenta directamente al socialismo en sus postulados fundamentales, la encíclica no se atreve siquiera a nombrar al liberalismo económico, y menos aún a individualizarlo, presentándolo como sistema e ideología. Todas las recriminaciones o reprobaciones vibrantes que allí se encuentran, se refieren sólo a los abusos concretos de los individuos, numerosos por cierto, pero sin nombre y sin rostro. Ni una frase, en particular, deja sospechar la eventual colusión entre la clase económicamente despótica y la que monopoliza el poder político. Esto hace que, al no tratarse en realidad solo de una colusión de intereses económico-políticos, sino a menudo, o siempre, de una identificación de esos intereses en las mismas personas, la invitación que se hace a los detentadores de los poderes públicos de adoptar las medidas sugeridas por la encíclica para realizar la justicia y la paz social, arriesga transformarse en una burla cruel.

La encíclica "Rerum Novarum"

Incluso dentro de estos límites, la *Rerum Novarum* constituyó un acontecimiento capital no sólo para la historia de la Iglesia, sino también para la historia mundial.

Decenas de millones de católicos y sobre todo los más activos y responsables, aprendieron de los propios labios de un papa no sólo que los problemas de la economía caen en el ámbito de la moral, sino también que de allí en adelante las exigencias de la justicia social debían preceder, por su urgencia y gravedad, a las relativas a la asistencia caritativa, y que su esfuerzo de individuos y de creyentes más que en el plano eclesiástico y político, debía manifestarse en el de la colaboración entre las clases y de manera no pasiva sino dinámica y previsor.

Como es fácil de imaginar, pero asimismo los hechos se encargaron de probar, el shock provocado por la encíclica en el interior de la Iglesia fue enorme: la mayor parte de los católicos, incluso las mismas jerarquías hasta entonces no habían sido conmovidas o eran profundamente insensibles y refractarias, por tradición y condiciones, al problema. Se dieron entonces vivísimas y tácticas resistencias, que sólo el transcurso del tiempo atenuó, sin nunca eliminar por completo. Pero fue, evidentemente una batalla que León XIII ganó. Y ganó, no hay que dejar de advertirlo, incluso en comparación con la mayor parte de los gobiernos liberales de aquel tiempo, a los que se anticipó enfrentando positivamente la situación. Con el transcurso de los años, se convenció cada vez más de la importancia de su "revolución" social, hasta el punto de que esta llegó a impregnar todo su pontificado. Estudios recientes sobre la elaboración de la *Rerum Novarum* han mostrado en él al más progresista entre los responsables del documento. Pero después, entre todas las providencias y posiciones que tomó en la materia —de la invitación a la aristocracia a contribuir activamente en la construcción de la sociedad, hasta las promociones y subsidios hechos para la fundación del Banco artístico-obrero—, su gesto más significativo, aunque no realizado, fue tal vez el proyecto de hacer construir en el Vaticano, no lejos de su famoso "Kafehaus" y de su chalet suizo, un laboratorio para construcciones metálicas donde los obreros pudiesen adiestrarse gratuitamente en su trabajo.

Una prueba más ésta, de que la grandeza de la política de León XIII tiene poco que ver con su excepcional y brillantísimo dinamismo político, del que, por otra parte, estaba francamente orgulloso. León XIII en efecto, fue un gran político, porque afrontó al mismo tiempo, no sólo los problemas de los estados, sino también los de las clases, y porque estuvo dispuesto en cada momento a acoger cualquier apelación de los grandes ideales humanitarios de su siglo, empezando por el de la lucha contra la esclavitud. (En este frente, militó desde los primeros días de su gobierno, restaurando para Lavigerie la sede arzobispal de Cartago, en África del Norte, desde donde, según sus planes, el movimiento

1. Roma en 1895: la calle Nacional arbolada.



2. El papa descansa durante un paseo.



3. León XIII en 1898.



antiesclavista debía irradiarse a través de todo el continente negro, y en ese frente se mantuvo siempre, con crecientes contribuciones que, aunque culminaron en 1888 con la epístola *In plurimis* dirigida a los obispos de Brasil, y en 1890 con la encíclica sobre la abolición de la esclavitud, no se decidió nunca a desmentir.)

La Iglesia y el mundo cultural laico: un período de reformas "culturales".

Pero el gran diálogo que él quería entablar con el mundo laico no podía descansar solamente en el prestigio político y social de la Iglesia. Sobre todo, después de la declinación intelectual que había demostrado desde el siglo XVIII y que en buena parte justificaba la acusación de oscurantismo que se le dirigía, hacía falta una audaz recuperación cultural. Desde las primeras décadas del siglo, cuando el romanticismo se inspiró en gran parte en los valores tradicionales de la fe, tanto en literatura como en filosofía e historia, la separación cultural entre católicos y laicos se había hecho cada vez más evidente. En especial el pontificado de Pío IX había sido un desierto, culturalmente hablando. Peor aún, un desierto sobre el cual se erigió, como supremo símbolo de iconoclastia, el *Sillabo*.

León XIII —que fue el primer papa moderno en tomar en sus propias manos la dirección intelectual de la Iglesia— comenzó por religar a la cultura católica con un sistema coherente de certezas metafísicas. El sistema escogido fue el tomismo, y por ello fue criticado y hasta escarnecido por sus contemporáneos, sobre todo los laicos, como si la suya fuese una absurda restauración del más rancio medievalismo. Pero es cuestión de preguntarse a cuál otro sistema filosófico más digno y autorizado se hubiera podido referir un papa después de las crisis provocadas por décadas de furioso *sensismo* al que vana y riesgadamente habían tratado de enfrentar sistemas linfáticos o equívocos como el tradicionalismo de Lamennais, el fideísmo de Bautain y el ontologismo de Ubaghs y Rosmini.

Si en un primer momento pensó en la restauración del tomismo puro —la encíclica *Aeterni Patris*, publicada el 4 de agosto de 1879, es decir apenas un año y medio después de su elección, habla formalmente de un retorno a Santo Tomás y no a la escolástica en general, luego, especialmente la protección que brindó a Mercier, diez años más tarde, para su Instituto superior de filosofía, indica una significativa evolución de su pensamiento—, esa providencia había obtenido ya un amplio consenso. Dado que no se le puede pedir a un papa que cree un sistema filosófico o que obligue a los filósofos a elaborarlo, la recuperación de una grandiosa experiencia filosófica, arbitrariamente excluida de la historia del pensamiento, en particular del eclesiás-

tico, no puede dejar de ser considerada como muy meritoria. Y más aún si se tiene en cuenta que no era gratuita, ya que aparecía justificada por un amplio movimiento de restauración tomista que se cumplía sobre todo en Italia desde cincuenta años atrás, no podía identificársela con una imposición simplemente decretada.

Uno de los primeros e inevitables contragolpes fue la condena de las famosas proposiciones rosminianas; pero toda reforma, para imponerse rápida y eficazmente, siempre ha pagado este precio. Por otra parte, si el empalme resultó estéril, la culpa de ello, más que de León XIII, debe adjudicarse a los ejecutores materiales de su voluntad, que no supieron garantizar la vitalidad de la operación, sobre todo a través de una dosificada simbiosis con la filosofía contemporánea. Además su providencia no tenía ninguna pretensión de eternidad o de querer imponerse en circunstancias temporales distintas, en las que seguramente sería nociva. En el fondo —como lo demostró el nombramiento del tomista Zigliara como prefecto de la Congregación de los Estudios y la renovación de los cuadros de las universidades romanas— no era más que una providencia de política escolástica, que interesaba exclusivamente a la formación del clero y al programa de estudios de los ateneos católicos. La responsabilidad de haber hecho del tomismo una anteojera de la investigación filosófica recae exclusivamente en sus sucesores, a partir de Pío X, quien hizo de él uno de los arietes más inexorables y demolidores, en su cruzada antimodernista. La adopción del tomismo tuvo también el mérito de contraponer su metafísica a los excesos de la filosofía imperante en las últimas décadas del siglo XIX: el positivismo. Una filosofía que, más que un sistema, era una actitud del pensamiento que se reflejaba en cada sector del conocimiento; la interpretación, por así decir, de la realidad sugerida por la invasora mentalidad científicista e historicista. Ahora ya no se combatía a la religión a fuerza de silogismos o sobre la base de los presupuestos filosóficos a los que se remitía, por ejemplo, la creencia de la existencia de Dios. Las armas del ateísmo e incluso del laicismo eran, al menos en apariencia y según la consideración general, mucho más mortíferas porque pulverizaban los hechos vistos y comprobados y mantenían que sólo se puede fantasear, menoscabando la venerabilidad de los textos sagrados y ofreciendo versiones desapologéticas e incluso destructivas de los acontecimientos internos y externos de la Iglesia. Se trataba de la historia y sus disciplinas auxiliares: la filosofía, la arqueología y la lingüística, que desde comienzos de siglo habían avanzado a pasos de gigante, y también la crítica de textos, que compartía el grupo.

Contra estas armas, las apologéticas afectadas del romanticismo (que habían tenido

su obra cumbre en el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand, "esa extraña apología escrita sobre las rodillas de madame de Beaumont", como dijo Marrou) y las sincretistas de décadas posteriores, se replegaban sobre sí mismas como si fuesen de papel. En suma, urgía recurrir a las mismas técnicas del adversario, volviendo, en cuanto a la historia, a las "fuentes" y en cuanto a la Biblia, a la exégesis científica. Y también en este caso asombra la rápida y decidida respuesta que da León XIII, que tal vez no era el más adecuado, por su formación y por sus tendencias, para tal rectificación.

Literato refinadísimo, vivía entre el culto de Dante y el de Horacio y Catulo (en honor de Dante instituyó, siendo papa, una cátedra para el comentario de la *Comedia*, mientras que retiraba el *De Monarchia* del Índice), dando a la poesía latina de su tiempo algunas de las composiciones elaboradas con el mejor gusto. Pero no sentía ninguna inclinación filosófica y menos aún historiográfica o exegética. Es asombroso entonces el modo en que se comportó frente a estas disciplinas. En el fondo en cuanto a la filosofía sólo se trataba de retomar una tradición secular y gloriosa; pero en lo referente a la historia y la crítica de textos los precedentes eran mucho más escasos y sobre todo poco actualizados. Para referirse a algún nombre significativo y simbólico había que mencionar, en cuanto a la primera, los de un Baronio y un Muratori, y en cuanto a la segunda, el de un Ricardo Simon. En las décadas anteriores los investigadores eruditos como Mai y Pitra (este último aún vivía) habían conquistado gran fama, pero tanto sus métodos como los resultados de sus trabajos eran más bien discutibles. En Roma, quien tenía una fama científica irreprochable era sólo Juan Bautista De Rossi, el autor de *Roma subterránea*. Pero una golondrina no hace el verano y además, los eruditos aislados, aunque fuesen un Hefele, no podían compararse ni de lejos con quienes, además de científicos, sabían ser mágicos divulgadores de sus conquistas. La *Vida de Jesús* de Renan, publicada en 1862, por ejemplo, tenía todavía bajo su hechizo a las últimas generaciones del siglo XIX y por cierto no era el caso de convocar a las iglesias para una reparación o hacer anatematizar a su autor por predicadores de cuaresma, con el fin de debilitar su influencia.

León XIII hubiera podido tratar de suscitar anti-Renanes y coronarlos de laureles pero ni lejanamente se dejó tentar por esa vía. Hizo algo más que tender la mano a los futuros historiadores: en homenaje a la ordenada investigación de documentos que caracterizaba a su época, no vaciló en abrir, con gesto desprejuiciado y también magnánimo, los Archivos Vaticanos, tanto para creyentes como para no creyentes. Y su gesto no sólo le valió a la Iglesia la existencia de obras duraderas como las de

Pastor, de Duchesne, de Denifle, de Grisar, de Lanzoni, o las importantes colecciones de "Estudios y Textos" y "Catálogos" de la Biblioteca Vaticana; hizo más aún, hizo nacer el gusto de la historia científica, en el moderno significado del término, en los mismos ateneos pontificios y seminarios. Luego, dos años después publicó la famosa epístola sobre los estudios históricos y creó para los mismos una comisión cardenalicia, confiada a tres personalidades competentes: De Luca, Pitra y Hergenroether, y poniéndola bajo la advocación de este programa epigráfico: "Que la historia no se atreva a decir nada falso ni a callar nada verdadero". Y que no se trataba de una reforma unilateral lo probó poco tiempo después la creación de otra comisión, destinada a acompañar a la Sagrada Congregación de los ritos en el estudio de los orígenes de los santos que vivieron en épocas remotas y también en las cuestiones más arduas de la liturgia.

Los textos sagrados y la crítica: fases de un desencuentro

Estas primeras reformas culturales corresponden todas a los inicios del pontificado de León XIII e inducen a creer que responderían a exigencias ya sentidas y maduras durante las largas décadas del episcopado perusiano. La encíclica *Providentissimus Deus* sobre los estudios bíblicos vino más tarde. Recién vio la luz el 18 de noviembre de 1893. Es un hecho, sin embargo, que el despertar científico bíblico de los católicos se verificó precisamente hacia el final del pontificado de Pío IX y al comienzo del de León XIII. Además hay que tener en cuenta lo delicado del tema y las dificultades que un impulso demasiado incauto hacia este género de estudios podían hacer surgir sobre todo por parte de autores demasiado jóvenes o que hacían sus primeras pruebas en la materia.

La encíclica fue más tarde juzgada severamente por exégetas de gran fama, como Loisy, pero en buena parte por efecto de aquella distorsión óptica que produce hasta en los espíritus más objetivos la lejanía temporal de los acontecimientos. Sostener, como ha hecho justamente Loisy, que el método exegético impuesto por León XIII consistía en tomar la *Vulgata* e interpretarla según el *consenso de los padres*; en otras palabras, someter la exégesis a la teología y en última instancia a la doctrina tomista; y que, en suma, la encíclica se habría preocupado de la exégesis teológica pero no de la histórica, hasta el punto de ser "buena a lo sumo para los teólogos y para los predicadores, pero no para los historiadores y los críticos": todo esto es sustancialmente cierto. ¿Pero acaso se puede, pensar que un papa podía hablar de una manera distinta y programar una crítica de textos de los libros sagrados en contradicción con el dogma reconocido por el magisterio eclesiástico y por la tradición?

Aún cuando la crítica fuese implícita o explícitamente invitada a suspender su juicio en el caso de un abierto contraste con las verdades fundamentales del catolicismo, siempre quedaba a los exégetas católicos un vasto terreno opinable que podían recorrer con toda libertad, y esto aproximaría el día en que cuestiones consideradas por ahora como intocables, podrían ser afrontadas, siempre con las debidas cautelas. Es exagerado entonces el juicio de que la *Providentissimus Deus* fue "una catapulta manejada desde Roma contra la crítica" y que era "difícil, por el momento, evaluar el alcance de la masacre". En realidad tuvo el mérito de reconocer oficialmente la legitimidad y la fecundidad de la crítica de textos aplicada a la exégesis de los textos sagrados. Y si se vieron sus frutos inmediatamente (entre otros, en las mismas obras de Loisy, así como en las lecciones de Genocchi sobre el Pentateuco, autorizadas en Roma, a dos pasos del Vaticano), más tarde se reconocería esa fecundidad en el mismo movimiento litúrgico y patrístico que allí encontraron inspiración y apoyo.

Y puesto que se trataba de un terreno minado —minado en parte por la dificultad de los mismos estudios, no siempre enfrentados con prudente madurez por los aún inexpertos estudiosos, y en parte por la rémora de una ignorancia tanto más presuntuosa por ser atávica en los adversarios (de donde las persecuciones dirigidas a los estudiosos, incluso, más humildes y cautos, como un padre Lagrange)— he aquí que León XIII en 1902, es decir casi en vísperas de su muerte, y como para desmentir a cuantos lo acusaban del irremediable letargo de su pontificado, da nacimiento a la Pontificia comisión bíblica, pero no como fue distorsionada por Pío X en un órgano predominantemente inquisitorial y anatematizante (cuyas "negativas", se dijo, caían con el rumor seco de la cuchilla de la guillotina)—, sino como órgano orientador y directivo, además naturalmente, de selectivo. Se puede decir así que sus últimos meses de vida estuvieron absorbidos por el pensamiento de esta institución. Y en el lecho de muerte proyectó alojarla en el Palacio de la Academia eclesiástica: "Esa —dijo al cardenal Satolli— es una morada hermosa, cómoda y céntrica". No alcanzó, en cambio, a dar vida, siempre en Roma, a aquel Instituto bíblico que luego será realizado en 1908 por su sucesor y que, en su mente, debía emular en fama al fundado por el padre Lagrange en Jerusalén hacia 1892.

Institutos para una "cultura" católica

No asombrará entonces que todo este programa de despertar cultural y sobre todo escolástico, haya estado acompañado de un inesperado florecimiento de universidades católicas, tanto en el viejo como en el nuevo mundo. En el cuarto de siglo

cubierto por el pontificado de León XIII surgieron una decena de ellas: cuatro en los Estados Unidos (en Chicago, Milwaukee, Pittsburgh, Washington) y respectivamente, una en Chile (Santiago), Canadá (Ottawa), Irlanda (Maynooth), Suiza (Friburgo) y Líbano (Beirut). El movimiento se había iniciado en 1875, es decir en los últimos años del pontificado de Pío IX, cuando Francia, en unos treinta años y gracias a las leyes sobre libertades escolásticas, alcanzó a fundar cinco institutos superiores: por lo tanto no se lo puede hacer remontar a la influencia de León XIII. Es un hecho sin embargo que en su época hasta las viejas universidades adquirieron nuevos impulsos y nuevo vigor. En Lovaina, por ejemplo, y justamente por la explícita intervención del papa León, que lo financió ampliamente, fue constituido el ya citado Instituto superior de filosofía, confiado a Mercier. En cambio, corresponde al nuevo clima de recuperación y reevaluación científica, y de manera exclusiva, la iniciativa (en aquella época más bien excepcional) de poner en relaciones recíprocas a los intelectuales católicos de distintos países mediante congresos científicos internacionales, que en efecto se reunieron cinco veces (Ruán, París, Bruselas, Friburgo y Munich) entre 1885 y 1903, cuando fueron suspendidos luego del estallido de la crisis modernista.

Pero fue en Roma donde más se expresó el culto mecenazgo de León XIII hacia la cultura.

Lo testimonian los nuevos o los viejos seminarios más ambiciosamente reestructurados, como el vaticano, y los ateneos pontificios actualizados y valorizados, para no citar las numerosas academias reactivadas. Constituir una absolutamente nueva que reuniese, por así decir, a los "inmortales" del catolicismo, más que prematuro hubiese resultado humorístico. No se podía, ciertamente, exaltar a los exponentes de una cultura que no existía o que sólo estaba en sus primeros pasos. Pero, aún sin un marco oficial como ese, siempre circundó a León XIII un auténtico y prestigioso senado de doctos. Su estatura, se entiende, era la que era, pero bastaba que alguno surgiese aún en las provincias más alejadas, para que él lo llevara a la luz destinándole, antes o después, si era eclesiástico, los esplendores de la púrpura romana (con los laicos tenía otra cortesía de gran señor: a Juan Bautista De Rossi, por ejemplo, con la esperanza de que pudiese obtener un beneficio para su salud, puso a su disposición la villa pontificia de Castelgandolfo). Fue así que en el Sagrado Colegio, tal vez más que en el pasado exceptuando los tiempos del Renacimiento, a los curiales y a los nuncios se agregaron numerosos hombres de letras y de doctrina: entre los teólogos, un Franzelin, un Mazzella, un Zigliara; entre los filósofos y los apologistas, un Newman y un Satolli; entre los



1. León XIII pronuncia frente al fonógrafo las palabras de la bendición apostólica. Cubierta de la "Domenica del Corriere", 1903.

2. León XIII en los Jardines Vaticanos. Cubierta de la "Domenica del corriere", 1899.

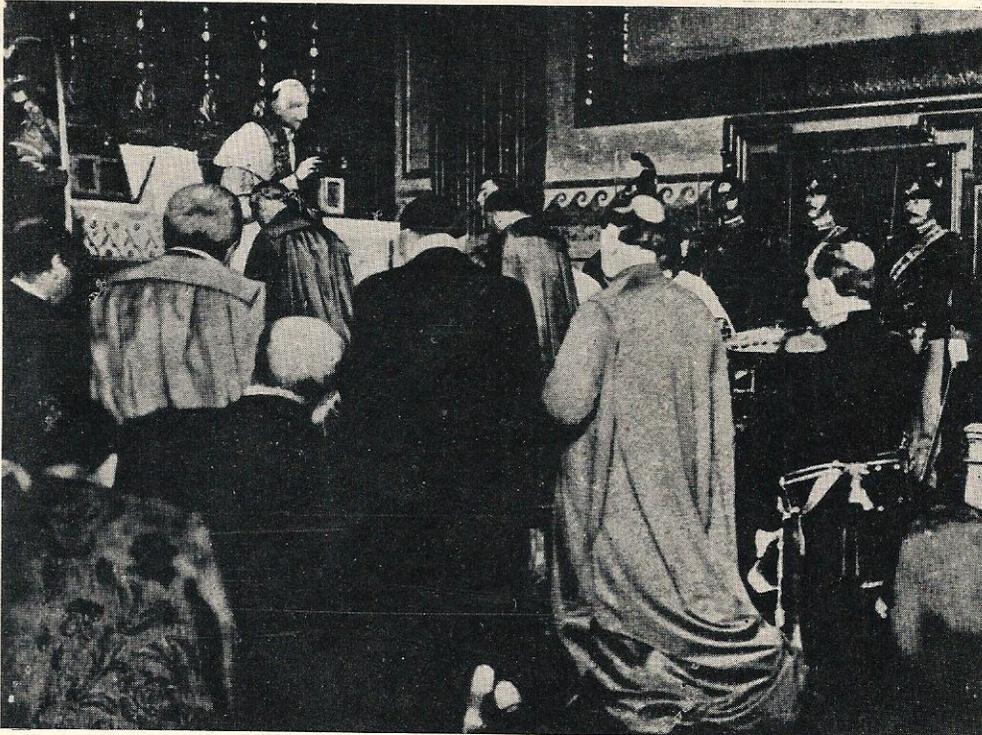
historiadores y los eruditos, un Capecelatro, un De Luca, un Pitra, un Hergenrother.

Más importante aún fue que bajo León XIII los estudiosos católicos podían equivocarse sin que fueran inmediatamente alcanzados por las medidas más vejatorias o condenados por las censuras más desconsideradas. Como ya se dijo, la comisión bíblica pontificia, que luego se convertirá en una traba que sofocará los estudios exegéticos, estaba destinada en su tiempo a ser, más que nada, un centro impulsor y propulsor. Pero es particularmente significativo que el mismo Santo Oficio y la misma Congregación del Índice interviniesen de manera bastante moderada durante su pontificado. Gabriel D'Annunzio, por ejemplo, pudo jactarse de que, bajo León XIII, todos los intentos que se hicieron para colocar en el Índice sus creaciones, fueron vanos: según su interesada motivación, el Papa juzgaba que el honor de las letras humanas exigía que la censura no tocara al "mejor artífice del habla materna".

Fue sobre todo en la segunda mitad del pontificado de León, y a pesar de que día a día aumentaba la insidia de los conservadores, cuando se desplegó el período más espléndido y prometedor para los estudiosos católicos. Y no fue sólo por un artificio polémico dirigido contra el posterior gobierno de Pío X, que los llamados modernistas juzgaron al suyo con los términos más lisonjeros. Ernesto Buonaiuti, por ejemplo, elogió su "temple alentador y tolerante", aún cuando se excedió en el pesimismo al decir que aquél pasaría a la historia "como el último resplandor de un sol en el ocaso". Pero fue particularmente feliz al afirmar que León XIII creía en la democracia esencial de la cultura y promovió un sostenido intercambio entre la Iglesia docente y la Iglesia dicente, negando que esta última tuviese una función exclusivamente pasiva en la elaboración de la verdad revelada, atribuyéndole más bien la de una investigación insustituible por las mismas afirmaciones del magisterio pontificio.

El colonialismo y las misiones

Sin embargo el prestigio de la Iglesia debía provenir, según León XIII, además de la cultura, también de la expansión misional y ecuménica. La cultura, en el fondo, era para la Iglesia sobre todo un instrumento necesario para no perder contactos con el mundo occidental, cuya madrina de bautismo había sido en los primeros pasos de su vida civil. En cambio con los países de color y con las regiones separadas por el cisma, entraba en juego uno de sus más profundos imperativos: el de la evangelización de conquista o de reconquista. Constituiría una laguna imperdonable omitir la acción desarrollada por León XII en un continente que, sin ser misional en un sentido estricto, dependió en su mayor



1. La última misa de León XIII.

2. La plaza San Pedro en 1903, en los días de las exequias de León XIII.

parte de la Propaganda Fide hasta 1908: América. León XIII fue el primer papa que comprendió profundamente la importancia de los Estados Unidos, sin negar que ya había sido advertida por Pío IX cuando le concedió el primer cardenal de allende el Atlántico. Es cierto que esta afirmación podría ser discutida en base a la famosa condena del "americanismo", que pronunció en una actitud más pastoral que dogmática en la famosa epístola al cardenal Gibbons; pero justamente el tono moderado con que fue expresada, prueba la prudencia con que evitaba extralimitarse y al mismo tiempo su perspicacia en individualizar los verdaderos puntos débiles, y por eso peligrosos, de la espiritualidad religiosa norteamericana. Es sabido, además, que León XIII compartía casi siempre la opinión de los obispos más progresistas de aquel país; Gibbons, monseñor Ireland, monseñor Corrigan; y también que eximió a los "Caballeros del trabajo" de las acusaciones de los obispos canadienses. De todos modos, sus óptimas relaciones con el episcopado estadounidense no le impidieron nombrar un delegado apostólico en Washington, a pesar de la opinión contraria de aquéllos.

Pero la obra del papa Pecci en América Latina es todavía más significativa desde el punto de vista apostólico y de la organización eclesiástica. También en el capítulo de sus relaciones con los gobiernos —en su mayor parte laicos— de los estados latinoamericanos figuran algunos de sus éxitos más importantes, ya que precisamente mientras arreciaba la tendencia a separar la Iglesia del Estado y mientras las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y los distintos gobiernos de Sudamérica y de Centroamérica se interrumpían y se reanudaban casi continuamente, logró renovar el Concordato con Ecuador, obtener uno con Colombia y establecer tres *modus vivendi*, respectivamente con Perú, Chile y Argentina. Y sin embargo todo esto pierde relieve frente a la iniciativa que tomó hacia fines de su pontificado, para una reorganización orgánica de la vida eclesiástica en todo el continente latinoamericano. Anticipándose en medio siglo al que luego efectuaría Pío XII con la institución del Consejo episcopal latinoamericano (CELAM), León XIII convocó en 1899, en Roma, el primer Concilio plenario latinoamericano compuesto por 13 arzobispos y 41 obispos, los que elaboraron, después de trabajar durante dos meses enteros, toda una serie de decretos fundamentales aprobados luego por el papa en enero de 1900. Era el comienzo de una gran acción de restablecimiento sobre una base, desde luego continental, sin precedentes hasta ese momento y que no habría dejado de dar sus frutos si hubiese sido proseguida —y no lo fue— por sus inmediatos sucesores.

En lo referente a los países verdaderamente misionales, el genio de León XIII se

reveló una vez más como un genio de poesía y también de realismo. No es casual, en efecto, que algunas de las más hermosas epopeyas misionales —la de Lavigerie y Massaia, a quienes luego quiso revestir con la púrpura romana— coincidieran con su pontificado. Poeta, tal vez más que en los versos, en su concepción del mundo y del dinamismo de la Iglesia, León XIII alimentó, entre otros, el sueño de reconstituir en el África septentrional, en torno al nombre prestigioso de Cartago, una comunidad cristiana que fuese como la re- viviscencia de la de Tertuliano, Cipriano y Agustín. Pero para suerte suya, incluso la más tentadora visión poética no llegaba a desprenderlo del contacto con la realidad. Cambiar la realidad era de hecho para él otro modo de hacer poesía.

Por eso, también en la actividad misional quiso tener personalmente, en la medida de lo posible, el bastón de mando presidiendo, por ejemplo, las comisiones para la designación de los vicarios apostólicos, siguiendo de cerca el desarrollo de las instituciones misioneras, etc. Y allí donde no podía llegar su acción directa, estaba presente con las directivas, sosteniendo las obras pías ya existentes de la Propagación de la fe y de la Santa Infancia (encíclica *Sancta Dei civitas*, de 1880) y ayudando a hacer surgir la tercera, de San Pedro apóstol.

Hecho particularmente digno de relieve fue que León XIII evitó, en cuanto pudo, que las misiones recibieran demasiado impulso del colonialismo. Las colusiones entre el movimiento misional y el colonialismo fueron ciertamente una realidad dolorosa incluso durante su pontificado; pero hay que decir que más por debilidad de los misioneros individuales o de sus instituciones, que por responsabilidad o por oportunismo de la Iglesia central. Y si también la Propaganda Fide llegó a ceder (aunque en el campo de la práctica y no en el de los principios), no parece que se le pueda adjudicar la responsabilidad a él. Por su parte, intentó audazmente sustraerse, entre otras, a una de las formas más insidiosas de la colaboración con el colonialismo: el Protectorado. Su intento de enviar un nuncio apostólico a Pekín, intento que llevó hasta el punto de incluirlo en la nómina de los distintos representantes diplomáticos, por parte del pontífice y del emperador chino, prueba su clarividente decisión de aliar directamente a la Iglesia con los países llamados "misionales", y no con sus "protectores". Si ese intento se hubiese cumplido, las derivaciones resultantes hubieran sido de un alcance revolucionario, no sólo para la autonomía de las misiones en Asia y en los demás continentes, sino además para las innovaciones metodológicas del apostolado misional, el respeto de las culturas indígenas, la aceleración del reclutamiento del clero nativo, etc., es decir objetivos ya

advertidos en sus encíclicas sobre las misiones, desde la *Ad extremas* hasta la *Christi Nomen*. Como ya se dijo, la brusca intervención de Francia ante el emperador chino obligó a León XIII a no insistir más, al menos por el momento. Más afortunado fue, en cambio, en lo referente al sistema del "Patronato", subsistente en la India de su época, y que detentaba, a pesar de la ocupación inglesa y en virtud de un privilegio plurisecular, el rey de Portugal. En ese caso, León XII logró obtener del rey Luis I su definitiva renuncia al Patronato.

Ecumenismo de León XIII

Movimiento misional y movimiento ecuménico eran, se puede decir, gemelos en la visión que tenía León del dinamismo de la Iglesia católica. Tan cierto es que en el mismo año de su primera encíclica misional se inscribe también su primera encíclica ecuménica, la *Grande munus* (1880). La evolución de los acontecimientos, sobre todo en nuestro siglo, hace hoy difícil formarse una idea exacta de la sensibilidad ecuménica del papa León, puesta de manifiesto, más que en otro lado, en el Cercano Oriente. (En lo que respecta a los protestantes, él se sintió cerca de la Iglesia anglicana, especialmente en ocasión de las conversaciones del padre Portal con lord Halifax en 1889, aún cuando después terminó por declarar la nulidad de las ordenaciones anglicanas). La instalación del comunismo en Rusia en 1917, con las consecuencias que tuvo tanto en el campo político como en el religioso —es decir el aislamiento internacional de la Unión Soviética hasta la segunda guerra mundial y las cruzadas antiatacas de Pío XI y de Pío XII— hizo finalmente olvidar a los católicos la presencia en aquel país de una cristiandad cismática, pero de todos modos hermana, la cual además había atestiguado con su sangre y con la resistencia a las persecuciones, su fidelidad sobrenatural. En tiempos de León XIII, en cambio, el problema ecuménico y en particular el de las relaciones con la ortodoxia, era uno de los que estaban más presentes en las conciencias cristianas de Europa. Y esto por razones políticas. En efecto, la ortodoxia era una realidad étnico-sociológica que caracterizaba no sólo al gran imperio zarista, sino también al imperio austrohúngaro y a la misma Puerta otomana. Bajo esta última, estaba presente —amenazada y torturada— en el Medio Oriente y sobre todo en los Balcanes. En el imperio austrohúngaro, además, era una de las componentes más críticas y difusas del grande e infiel mosaico controlado por los Habsburgo. En el imperio zarista, por último, coincidía desde luego con el gran patriarcado de Oriente, el de Moscú, y se desbordaba agresiva a lo largo de todo el confín occidental, especialmente en la Polonia ocupada, donde hacía lo imposible por sustituirse al catolicismo. Pero hay

que agregar también que las numerosas colonias constituidas por la emigración rusa, sobre todo la aristocrática e intelectual, no sólo en las capitales sino también en muchos centros climáticos o veraniegos de Occidente, formaban una red de difusión y de ósmosis de la religiosidad eslava. El fenómeno, como es sabido, se había venido consolidando y difundiendo lentamente desde la caída de Napoleón y la constitución de la Santa Alianza, que había tenido en el zar Alejandro I a su mesiánico divulgador.

A diferencia de sus predecesores —más bien ciegos al problema ecuménico y de una increíble tosquedad cuando lo trataban (basta recordar la injuriosa carta de invitación al Concilio Vaticano, cursada por Pío IX a los patriarcas cismáticos orientales), León XIII trató contemporáneamente al ecumenismo como un problema político y religioso: políticamente, efectuando un acercamiento a Rusia (consagrado, entre otras cosas, por el envío a Roma de un representante diplomático del Kremlin) y a Turquía; y religiosamente, interesando con algunas encíclicas al mundo católico en los problemas religiosos del Medio Oriente, pero especialmente promoviendo relaciones del más alto nivel con las jerarquías de aquellas iglesias.

En particular a propósito de la rusa, el papa León acariciaba audaces sueños, como el de constituir a través de la obra del gran filósofo Vladimiro Soloviev —que se había convertido en 1896, sobre todo por la acción del obispo Strossmayer, quien lo puso en comunicación con el papa— y de la condesa Volkonsky, un movimiento de vanguardia para la conversión del país (según algunos, con ese fin hasta habría llegado a consagrar obispo, clandestinamente, al mismo Soloviev). De todos modos, sin flaquear en su realismo, prefirió anticipar medidas demostrativas de la apertura de Roma hacia el Oriente cismático, por medio de providencias significativas referentes a las Iglesias Orientales Uniatas (es decir las Iglesias del Cercano Oriente reintegradas al catolicismo en el transcurso de los siglos, que seguían conservando los ritos, la disciplina, la legislación canónica y la teología, debidamente adecuada, de Oriente).

Su predecesor, mal aconsejado, se había enajenado las simpatías de esas comunidades, modestas pero fervorosas, someténdolas a un inconsulto proceso de latinización, con las escandalosas consecuencias que puso de manifiesto el Concilio Vaticano I. Advertido por estos antecedentes, León XIII hizo efectuar algunos sondeos sobre la situación de las Iglesias Uniatas, llegando a la convicción de que ellas podían constituir un eslabón ideal entre el catolicismo y la ortodoxia. Dando vuelta como un guante la política de su predecesor, suprimió lo que había sido absurdamente latinizado en ciertos ritos, restable-

ció el patriarcado copto de Alejandría, reunión en el Vaticano conferencias patriarcales (dos de las cuales, particularmente importantes, estuvieron presididas por él mismo) y llegó hasta a autorizar el paso del rito latino al oriental para los sacerdotes latinos que estaban en misión en Oriente. Luego, después de enviar como legado suyo a Jerusalén, para el congreso eucarístico, al cardenal Langénieux en 1893, al año siguiente expuso en dos encíclicas, la *Praeclara gratulationis* y la *Orientalium Dignitas*, los puntos programáticos de las futuras y prometedoras relaciones entre Roma y las comunidades cristianas orientales.



Límites de un pontificado

Naturalmente —y ya se ha visto— no todo fue grande y perfecto ni siquiera en el excepcional pontificado de León XIII, el mayor no sólo del siglo XIX sino también del XVIII. La laguna más notable, sin embargo, se refiere a la vida interna de la Iglesia. Demasiado ocupado en restaurar su prestigio exterior en las relaciones con el mundo y en valorizar su organización y expansión, León XIII descuidó sobre todo, aquellas reformas y aquellas modificaciones de sus estructuras básicas que, con el paso del tiempo y precisamente por la falta de compensación que se creaba con el impulso dinámico hacia el exterior, terminaron por ocasionar consecuencias muy críticas. La herencia deficitaria que le dejara Pío IX lo condujo casi fatalmente a no ver, o a preocuparse sólo superficialmente, de las necesidades de la Curia, de las del episcopado y del clero, y de todo lo que se vinculaba más directamente con la vida sacramental y litúrgica del catolicismo. Lo cual ocasionó un desequilibrio y una tensión entre la influencia exterior de la Iglesia, cumplida con resultados tan elocuentes, y su pobreza interior, entre la magnificencia de sus apariencias epidérmicas y el retraso y la fosilización de sus órganos internos. Pecci debía ser consciente de estas omisiones suyas, pero probablemente consideró que su verdadero objetivo era aquél por el que se había dejado absorber y al cual se sentía particularmente llamado, mientras que del resto podrían ocuparse más fácilmente sus sucesores.

Se acusó también a León XIII de haberse comportado más como un soberano que como un líder religioso. Pero esto es cierto sólo en cuanto a algunos aspectos exteriores de su actitud. Ya se ha visto que, cualesquiera fuesen las manifestaciones de su misma actividad política, extraía en realidad su más profunda inspiración de la ansiedad religiosa de servir a la Iglesia, o si se prefiere, de hacerla triunfar como potencia espiritual. Por otra parte, ¿cómo es posible afirmar que el aspecto predominante del pontificado de León XIII es el activismo político, cuando



1. La plaza San Pedro en 1903, en los días de las exequias de León XIII.

2. El camarlengo anuncia oficialmente la muerte del Pontífice. Cubierta de la "Domenica del Corriere", 1903.

su dimensión más imponente y sugestiva, y no sólo observándolo retrospectivamente, está dada en cambio por su magisterio? Como soberano, León XIII podría resultar patético, ya que sabía que siempre estaba suspendida sobre su cabeza la espada de Damocles de la cuestión romana, la que podía reducirlo —como decía Bismarck— a simple castellano de Saboya. Como oráculo religioso y moral de la humanidad en cambio, no tenía iguales. Su cátedra era en verdad elevadísima y la resonancia de sus mensajes, guardaba proporción con su nobleza y riqueza. Si Benedicto XIV fue el inventor o el reinventor de las encíclicas papales, estos actos del magisterio pontificio sólo llegaron a ser realmente las tablas de un pensamiento religioso, orgánico y difundido, con el papa León. Y hasta tal punto que después de haber dado el mayor brillo a una Iglesia hasta entonces escarnecida y menospreciada, aquéllas siguen constituyendo aún hoy, en su núcleo central, un punto obligado de referencia en cuanto a la enseñanza de la Iglesia. Respecto a ciertas actitudes tuyas no se debe olvidar nunca que los estilos de la vida religiosa pueden ser muy diversos sin por eso dejar de ser igualmente auténticos. Al lado de los anacoretas del desierto, están los santos que visten hábitos y también vestidos burgueses. ¿Acaso el mismo Evangelio no invita a honrar a Dios perfumándose la cabeza más bien que echándose cenizas? No es nada asombroso entonces que haya entre los papas quien se revista particularmente con la función autoritaria del oficio y quien, en cambio, sienta especialmente el deber del servicio. León XIII, sin duda, ha estado más cerca de un papa renacentista que de un papa apartado y penitente como su protector Gregorio XVI. Pero afirmar, como se ha hecho, que vivía hundido en su propia grandeza, sin especificar que no se trataba tanto de su grandeza personal sino más bien de la de su cargo, es hacer una afirmación insidiosamente equívoca. Por cierto, mucho más que Pío IX, él fue el último papa rey. Así, nunca dejó de exigir que todos le besaran el pie, se hacía transportar en silla de manos con un acompañamiento desproporcionado de guardias nobles y prelados incluso para las distancias más breves, evitaba siempre dirigir la palabra a sus servidores, gustaba de crearse en el Vaticano ángulos individuales de descanso (desde el estudio situado en la planta baja de la vieja torre de León IV hasta el chalet suizo, donde le gustaba sobre todo versificar).

El hombre y el pontífice: un balance

Y sin embargo, este hombre que sentía tan profundamente su dignidad de papa y de soberano era el mismo hombre que vivía, en cuanto le concernía directamente, no sólo de la manera más modesta sino tam-

bién más inadecuada a su rango. Con un inmenso palacio a su disposición, optó por reservarse como apartamento privado una sola habitación próxima a los apartamentos oficiales. Dividida por un tabique, hacía las veces de estudio privado y de dormitorio. Ninguna sala comedor, ya que se hacía servir su exigua comida en una bandeja que era apoyada en un soporte cualquiera y luego retirada, después de usarla. Y tampoco ninguna capilla privada. Además de esto, era proverbial el frío de sus apartamentos, incluso el oficial. El soberano espiritual más poderoso del mundo, que tenía posesiones y súbditos en los cinco continentes, vivía sus días prácticamente como un monje, en un recinto de unos pocos metros cuadrados. Desde allí daba sus directivas a los nuncios para su gran diálogo con el mundo; de allí salía para encontrarse en los salones de su palacio con los emperadores y con los reyes que venían a rendirle homenaje; de allí se dirigía hacia San Pedro para las raras celebraciones de masas que entonces se usaban, y en las cuales postergaba su paso entre la gente —por supuesto, en silla de manos— por horas y horas; allí se concentraba en sus grandes proyectos, destilaba el esquema de sus geniales encíclicas; y allí se preparó para la muerte ya embalsamado de inmortalidad.

Un famoso cardenal, que por otro lado no perdonó a ninguno de los pontífices, dijo de él que “tenía mal corazón”. Y casi con seguridad se quería referir al tratamiento que él usaba para ciertas categorías de colaboradores. Se sabe, por ejemplo, que los miembros de su secretaría particular no podían salir nunca del Vaticano sin ponerlo al corriente de sus mínimos desplazamientos y sólo muy raramente y por muy poco tiempo podían abandonar Roma. Y guay de ellos si no respondían instantáneamente a su llamado. Noche y día debían estar a su disposición. Y cuando se trataba de realizar algún trabajo urgente, llegaba a encerrarlos con llave en sus habitaciones no devolviéndoles la libertad sino una vez cumplido el trabajo. El mismo, además, se preocupaba de llevarles, a la hora de la comida, un vaso de marsala con algún bizcocho para que se alimentaran.

Por otro lado, es sabido cómo lo adoraban estos hombres y cómo se sentían exaltados al sacrificar su vida y sus energías a la causa del papa. Y lo mismo ocurría en el nivel superior de sus brazos derechos en la Secretaría de Estado. El cardenal Rampolla, su secretario de Estado, era indiscutiblemente de una dimensión superior y sin embargo, siendo un príncipe de raza, temperamento sanguíneo y volcánico aunque normalmente controlado, hombre de una fascinación y una autoridad no comunes, se sentía una nada frente a aquel a quien llamaba habitualmente su “amo”. Y cuando, después de dieciséis años de servicio,

la muerte se llevó al papa, quedó como un huérfano. Parecía un soberano en retiro; limitaba sus apariciones públicas a San Pedro, él que antes fuera casi omnipotente y omnipresente en las grandes ocasiones para presidir los ritos sagrados como “un Farinata apaciguado por Dios, inflexible dentro de una compostura rígida, como dentro de una coraza de rigor.

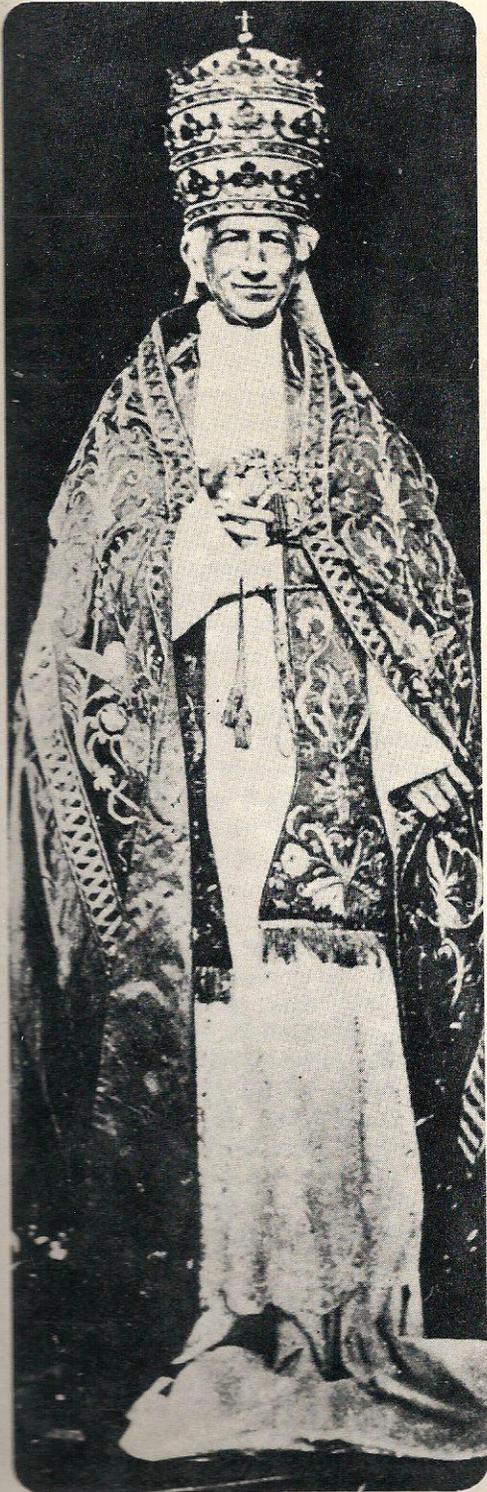
Raramente hubo un soberano tan generoso como el papa León para recompensar a sus colaboradores. Magnánimo como era, no vaciló nunca en cubrir con la púrpura hasta a aquellos que lo habían decepcionado. En sus resguardos era literalmente celoso, a partir del momento en que los protegía (luego se descubrió cuánto) y los traía hacia él. Una vez, por ejemplo, advirtió durante un consistorio que se murmuraba acerca de uno de los cardenales elegidos; volvió al apartamento casi fuera de sí. “Yo sé —se desahogó con un familiar— por qué se han comportado así, porque ese prelado, en su juventud, hizo que comentaran algo sobre él, pero ahora que después de tantos años no hay nada de qué culparle, ¿debe la Santa Sede privarse de los grandes servicios que él le puede rendir? Que murmure quien quiera: Nosotros lo aprovecharemos, y basta”. Y arrojó al suelo su tabaquera.

¿Y cómo se podría llamar hombre de mal corazón a un soberano que disculpaba de sus errores a sus adversarios más tenaces? Cuando el cardenal Pitra, en 1885, publicó en el “Amstelpote” el famoso artículo polémico exaltando a Pío IX, concluyendo en una casi abierta denigración de su sucesor, León XIII se limitó a abandonarlo al aislamiento que él solo se había buscado. Y después de la promulgación de la *Rerum Novarum* sus furores contra algunos cardenales que se habían mostrado escandalizados y disidentes, fueron más patéticos que vigorosos: el máximo de su irritación se expresó con estas palabras: “Son demasiados viejos para mí”.

El hecho es que el último día de su vida, la mañana del 20 de julio de 1903, se inició con un gesto de soberana y verdaderamente conmovedora bondad. Recobrado del coma en el que cada tanto caía, se acordó de pronto de la reciente muerte del apóstata Campello, que se había reincorporado *in extremis* al seno de la Iglesia. Llamó a uno de sus secretarios y le preguntó dónde había sido sepultado. Y sabiendo que se lo había enterrado en un lugar apartado: “decid al cabildo de San Pedro —agregó— que es Nuestro deseo que sea exhumado y acogido en la tumba capitular”.

Según acostumbraba, en los últimos veinte días de su agonía, había alternado plegarias y recitaciones de versos latinos, exámenes de práctica y lectura de la Divina Comedia, como si el misterio del más allá no lo turbase en absoluto. Papa único un año antes había trazado en su última en-

1. El papa León XIII.



cíclica el balance de su largo pontificado y sabía que podía desaparecer tranquilo. La historia de la Iglesia llevaría siempre su sello y el recuerdo de su grandeza.

El día de su entierro no bajaron a las grutas de San Pedro todos los cardenales presentes en la ceremonia de la basílica. El cierre de los tres cajones de rigor se había dilatado más allá de todo límite previsible y sobre todo había irritado con su desmañado chirrido de herramientas la sensibilidad de algunos de los más ancianos príncipes de la Iglesia. Cuando llegó el momento de empujar al féretro en el nicho destinado, un sampedrino, sin preocuparse de los altos personajes que lo rodeaban, lo empujó groseramente hacia adentro con el pie. Un cardenal tuvo un estremecimiento, pero se contuvo. Al día siguiente, al encontrar a un prelado amigo, le contó aterrado el suceso. Veinte días después, el mismo prelado, apenas abierto el cónclave, corre a besar el pie del nuevo electo. Y el papa Sarto, aún aturdido, después de reconocerlo a duras penas, le dice, refiriéndose al episodio de días atrás: "¿Recuerdas como terminan los papas? Con un puntapié en el ataúd". Y en ese momento no sabía que mucho más grave que el gesto brutal del sampedrino sería todo su pontificado: un esfuerzo, se diría prolongado y hostil, de borrar todas las huellas de la grandeza del de León XIII. Durante trece años, la Iglesia volvería otra vez al viejo ghetto, los movimientos de restauración cultural y sus ímpetus misionales y ecuménicos serían interrumpidos o bloqueados; el diálogo con el mundo, entorpecido. Pero no fue más que un paréntesis. Los pontificados siguientes al suyo prepararán gradualmente, hasta con sus mismas involuciones, el retorno triunfal de las ideas más vitales que habían inspirado al del papa Pecci: el encuentro con el mundo, el reconocimiento de los valores de la civilización y del progreso, la mano tendida a las clases más humildes, la reconciliación ofrecida a los hermanos separados.

Bibliografía

Crispolti F., *Pio IX, Leone XIII, etc.*, Milán, 1912. Crispolti F., Aureli G., *La politica di Leone XIII da Galimberti a Lampolla*, Roma, 1912. Hayward F., *León XIII*, Barcelona, E. Caralt. Soderini E., *Il pontificato di Leone XIII*, 3 vol., Milán, 1932-34. Varios autores, *Aspetti della cultura cattolica nell'età di Leone XIII*, Roma, 1961.

LOS HOMBRES *de la historia*

*La colección más moderna
y completa de historia universal*

*He aquí algunas características de esta colección
que a Ud. le interesará conocer:*

1) Cada fascículo publica la biografía completa de un hombre que ha desempeñado un papel de gran importancia en la historia del mundo.

2) Los fascículos se van agrupando en tomos que dan, a su vez, una gran historia de la humanidad desde sus primeras civilizaciones hasta nuestros días.

Estos tomos son: La civilización de los Orígenes - La edad de Grecia - La civilización romana - Cristianismo y Medioevo - Del Humanismo a la Contrarreforma - Los estados nacionales - El Setecientos - La Revolución Francesa y el período napoleónico - El siglo XIX: La Restauración - El siglo XIX: Las revoluciones nacionales - El siglo XIX: La Revolución Industrial - El mundo contemporáneo.

3) La historia del mundo que ofrece esta colección es **total**. Los Hombres de la historia no dan solamente una historia política, militar e institucional, sino además una historia social, una historia del arte, una historia de la ciencia, una historia de la filosofía, una historia de las religiones, una historia económica, etc., etc.

4) Este enfoque total le permite a Ud. conocer, ubicados adecuadamente en su época, las grandes organizaciones institucionales y económicas como la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo; las grandes teorías científicas como la gravitación universal, la evolución, el marxismo, la relatividad, el psicoanálisis; los grandes movimientos artísticos, como el romanticismo, el realismo, el impresionismo, el surrealismo, el cubismo; los grandes descubrimientos geográficos, las empresas militares, las doctrinas filosóficas y religiosas, los sistemas políticos, etc., etc.

5) El enfoque de esta historia es muy moderno: **Los Hombres** elegidos no están estudiados como héroes ni como hacedores de la historia, sino como intérpretes destacados de un período, de una tendencia, de una idea, de una línea de acción, intérpretes que ponen en su papel todos los aspectos de su personalidad humana.

6) Más de 5.000 fotografías, cuadros, mapas, grabados, monumentos, retratos, piezas de cerámica, diagramas, etc., hacen de esta colección un riquísimo archivo documental de la historia de gran calidad gráfica.

7) La redacción de los fascículos se ha encomendado a autores de prestigio internacional que hayan publicado anteriormente importantes trabajos sobre el tema. Se ha conseguido así la colaboración de conocidos historiadores italianos, franceses, alemanes, ingleses, americanos, etc.

Los Hombres de la historia: una biografía completa cada semana para formar una extraordinaria Historia Universal.

El fascículo N° 22

LOS HOMBRES *de la historia*

*la Historia Universal
a través de
sus protagonistas*

*contiene la biografía
completa e ilustrada de*

Nietzsche

*Por su doctrina
y su actitud humana,
un antecedente inmediato
de las posiciones
existencialistas
actuales.*

*¡Un momento apasionante
de la historia
que usted debe conocer!*



Precio de venta

Publicación semanal

ARGENTINA: \$ 120.-
BOLIVIA:
COLOMBIA: \$ 7.-
COSTA RICA:
CUBA:

CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
ESPAÑA:

GUATEMALA: PARAGUAY:
HONDURAS: PERU:
MEXICO: PUERTO RICO:
NICARAGUA: URUGUAY: \$ 90
PANAMA: VENEZUELA: Bs. 2.50